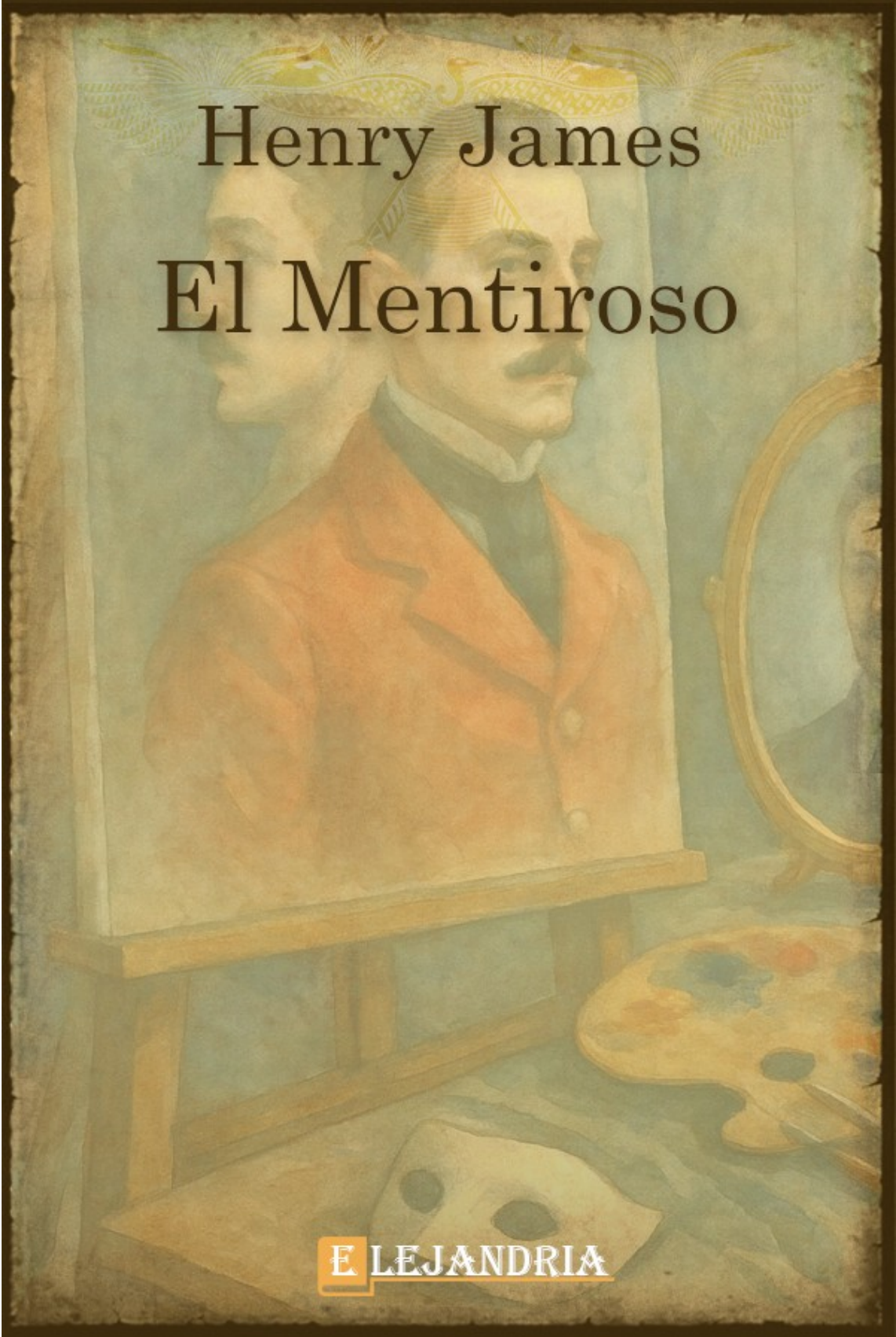
The background of the cover is a painting of a man with a mustache, wearing a brown jacket and a dark cravat, seated at a wooden easel. He is painting a portrait of a man's head and shoulders. The scene is set in a studio with a palette and brushes on a table in the foreground. The painting has a soft, painterly style with visible brushstrokes. The text is overlaid on the upper portion of the painting.

Henry James
El Mentiroso

E LEJANDRIA

The background of the cover is a painting of a man with a mustache, wearing a brown jacket and a dark cravat, seated at an easel. He is looking towards the right. The painting is set in a studio with a palette and brushes on a table in the foreground. The overall style is classical and somewhat somber.

Henry James
El Mentiroso

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL MENTIROSO

HENRY JAMES

PUBLICADO: 1888

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: LONDON NEW YORK: MACMILLAN Co.,
1889

I

El tren llevaba media hora de retraso y el trayecto desde la estación fue más largo de lo que había supuesto, de modo que cuando llegó a la casa sus moradores ya se habían dispersado para vestirse para la cena y a él lo condujeron directamente a su habitación. Las cortinas de aquel refugio estaban echadas, las velas encendidas, el fuego brillaba, y cuando el sirviente hubo dispuesto rápidamente sus ropas, aquel lugarcito confortable se volvió sugerente; parecía prometer una casa agradable, un grupo variado, charlas, nuevos conocidos, afinidades, por no hablar de un muy buen recibimiento. Estaba demasiado ocupado con su profesión como para hacer muchas visitas al campo, pero había oído a gente que tenía más tiempo para ellas hablar de establecimientos donde «lo tratan a uno muy bien». Previó que los propietarios de Stayes lo tratarían muy bien. En el dormitorio de una casa de campo, siempre miraba primero los libros de la estantería y los grabados de las paredes; consideraba que esas cosas daban en cierto modo la medida de la cultura e incluso del carácter de sus anfitriones. Aunque en esa ocasión tuvo poco tiempo para dedicarles, una inspección somera le aseguró que si bien la literatura, como de costumbre, era principalmente americana y humorística, el arte no consistía ni en las acuarelas de los niños ni en grabados «moralizantes». Las paredes estaban adornadas con litografías antiguas, principalmente retratos de caballeros rurales con cuellos altos y guantes de montar: esto sugería —y era alentador— que la tradición del retrato se tenía en estima. Allí estaba la habitual novela del señor Le Fanu para la mesilla de noche; la lectura ideal en una casa de campo para las horas posteriores a la medianoche. Oliver Lyon apenas pudo reprimir el impulso de empezarla mientras se abotonaba la camisa.

Quizá por eso, cuando bajó, no solo encontró a todo el mundo reunido en el vestíbulo, sino que percibió, por la forma en que al instante se dispusieron a pasar al comedor, que lo habían estado esperando. No hubo demora para presentarle a una dama, pues salió con un grupo de hombres desparejados, sin ese apéndice. Los hombres, rezagándose, se movieron de lado y se arrimaron como de costumbre en la puerta del comedor, y el dénouement de esta pequeña comedia fue que él llegó a su sitio el último de todos. Esto le hizo pensar que se encontraba en una compañía suficientemente distinguida, pues si se hubiera sentido humillado (que no era el caso), no podría haberse consolado con la reflexión de que tal destino era natural para un joven artista oscuro y que luchaba por abrirse camino. Ya no podía, ¡ay!, considerarse muy joven, y si su posición no era tan brillante como debería, ya no podía justificarla llamándola una lucha. Era una especie de celebridad y, aparentemente, estaba en una sociedad de celebridades. Esta idea aumentó la curiosidad con la que miró a lo largo de la mesa mientras se acomodaba en su sitio.

Era una reunión numerosa: veinticinco personas; una ocasión bastante extraña para habérsela propuesto, pensó. No estaría rodeado de la tranquilidad que favorece el buen trabajo; sin embargo, nunca había interferido con su labor ver el espectáculo de la vida humana ante él en los intervalos. Y aunque él no lo sabía, en Stages nunca había tranquilidad. Cuando trabajaba bien, se encontraba en ese estado feliz —el más feliz de todos para un artista— en el que las cosas en general contribuyen a la idea particular y encajan con ella, la ayudan y la justifican, de modo que siente en ese momento como si nada en el mundo pudiera sucederle, aunque venga bajo la apariencia de desastre o sufrimiento, que no sea una mejora de su tema. Además, había una euforia (la había sentido antes) en el rápido cambio de escenario: el salto, en el crepúsculo de la tarde, desde el brumoso Londres y su estudio familiar a un centro de festividad en medio de Hertfordshire y un drama a medio representar, un drama de mujeres hermosas y hombres célebres y maravillosas orquídeas en jarrones de plata. Observó, como un hecho no carente de importancia, que una de las mujeres hermosas estaba a su lado; un caballero se sentaba a su otra mano. Pero aún se ocupó poco de sus vecinos: estaba ocupado buscando a Sir David, a quien nunca había visto y por quien, naturalmente, sentía curiosidad.

Evidentemente, sin embargo, Sir David no estaba en la cena, circunstancia suficientemente explicada por la otra circunstancia que constituía el principal conocimiento que nuestro amigo tenía de él: que tenía noventa años. Oliver Lyon había esperado con gran placer la oportunidad de pintar a un nonagenario, y aunque la ausencia del anciano en la mesa era una decepción (era una oportunidad menos para observarlo antes de ponerse a trabajar), parecía una señal de que era una reliquia bastante sagrada y, por lo tanto, quizá impresionante. Lyon miró a su hijo con mayor interés: se preguntó si el lustre vidriado de su mejilla habría sido transmitido por Sir David. Sería estupendo pintar eso en el anciano: la rubicundez marchita de una manzana de invierno, especialmente si el ojo aún estaba vivo y el cabello blanco completaba el aspecto escarchado. El cabello de Arthur Ashmore tenía un brillo de pleno verano, pero Lyon se alegró de que su encargo hubiera sido retratar al padre en lugar de al hijo, a pesar de no haber visto nunca al uno y de que el otro estuviera sentado allí ante él ahora en la feliz expansión de la hospitalidad liberal.

Arthur Ashmore era un caballero inglés de buen color y cuello grueso, pero simplemente no era un modelo; podría haber sido un granjero y podría haber sido un banquero: apenas se le podía pintar «en personaje». Su esposa no mejoraba el conjunto; era una mujer alta, radiante y negativa, que tenía el mismo aire que su marido de ser, de algún modo, tremendamente nueva; una especie de apariencia de barniz reciente (Lyon apenas podía decir si provenía de su cutis o de su ropa), de modo que uno sentía que debería estar sentada en un marco dorado, sugiriendo una referencia a un catálogo o una lista de precios. Era como si ya fuera un retrato más bien malo aunque caro, despachado por una mano eminente, y Lyon no tenía ningún deseo de copiar esa obra. La mujer hermosa a su derecha estaba ocupada con su vecino y el caballero a su otro lado parecía encogido y asustado, así que tuvo tiempo de perderse en su diversión favorita de observar rostro tras rostro. Este entretenimiento le proporcionaba el mayor placer que conocía, y a menudo pensaba que era una suerte que la máscara humana le interesara y que no fuera menos vívida de lo que era (a veces su éxito en este aspecto era muy justo), dado que tenía que ganarse la vida reproduciéndola. Incluso si Arthur Ashmore no fuera inspirador de pintar (surgió en él cierta ansiedad ante la posibilidad de que si lograba un éxito con su suegro, a la señora Arthur se le metiera en la cabeza que ahora él había demostrado ser digno de aborderar a su marido); incluso si se pareciera un poco menos a una página

(excelente en cuanto a impresión y margen) sin puntuación, seguiría siendo una superficie refrescante e iridiscente. Pero el caballero a cuatro asientos de distancia, ¿qué era? ¿Sería un modelo, o era su rostro solo la legible placa de la puerta de su identidad, bruñida por el puntual lavado y afeitado, lo mínimo decente por lo que se le podría reconocer?

Este rostro detuvo a Oliver Lyon: al principio le pareció muy apuesto. Al caballero todavía se le podía llamar joven, y sus rasgos eran regulares: tenía un abundante bigote rubio que se curvaba en las puntas, un aire brillante, galante, casi aventurero, y un gran alfiler de pecho reluciente en medio de su camisa. Parecía un alma satisfecha y distinguida, y Lyon percibió que dondequiera que posaba su ojo amistoso caía una influencia tan agradable como el sol de septiembre, como si pudiera hacer madurar uvas y peras o incluso el afecto humano con solo mirarlos. Lo extraño en él era una cierta mezcla de lo correcto y lo extravagante: como si fuera un aventurero imitando a un caballero con rara perfección o un caballero al que le hubiera dado por ir con armas ocultas. Podría haber sido un príncipe destronado o el corresponsal de guerra de un periódico: representaba tanto la audacia como la tradición, los buenos modales y el mal gusto. Lyon finalmente entabló conversación con la dama a su lado —prescindieron, como había tenido que prescindir antes en cenas, de una presentación— preguntando quién podría ser ese personaje.

—Oh, es el coronel Capadose, ¿sabe?

Lyon no lo sabía y pidió más información. Su vecina tenía un talante sociable y evidentemente estaba acostumbrada a las transiciones rápidas; se volvió de su otro interlocutor con aire metódico, como una buena cocinera levanta la tapa de la siguiente cacerola.

—Ha estado mucho en la India... ¿no es bastante célebre? —inquirió ella.

Lyon confesó que nunca había oído hablar de él, y ella continuó:

—Bueno, quizá no lo sea; pero él dice que lo es, y si uno lo cree, es lo mismo, ¿no?

—¿Si uno lo cree?

—Quiero decir, si él lo cree... eso es igual de bueno, supongo.

—¿Quiere decir que dice lo que no es?

—Oh, cielos, no... porque nunca lo sé. Es excesivamente inteligente y entretenido, la persona más inteligente de la casa, a menos que usted lo sea más, claro. Pero eso no puedo saberlo todavía, ¿verdad? Yo solo sé de la gente que conozco; ¡creo que eso es celebridad suficiente!

—¿Suficiente para ellos?

—Oh, ya veo que es usted inteligente. ¡Suficiente para mí! Pero he oído hablar de usted —continuó la dama—. Conozco sus cuadros; los admiro. Pero no creo que usted se parezca a ellos.

—Son principalmente retratos —dijo Lyon—; y lo que suelo buscar no es mi propio parecido.

—Entiendo lo que quiere decir. Pero tienen mucho más color. ¿Y ahora va a hacer a alguien de aquí?

—Me han invitado a hacer a Sir David. Estoy bastante decepcionado por no verlo esta noche.

—Oh, se acuesta a una hora intempestiva... las ocho o algo así. Sabe, es una especie de momia.

—¿Una momia? —repitió Oliver Lyon.

—Quiero decir que lleva media docena de chalecos, y ese tipo de cosas. Siempre tiene frío.

—Nunca lo he visto, ni he visto ningún retrato o fotografía de él —dijo Lyon—. Me sorprende que nunca le hayan hecho nada... que hayan esperado todos estos años.

—Ah, eso es porque tenía miedo, ¿sabe?; era una especie de superstición. Estaba seguro de que si le hacían algo, moriría inmediatamente después. Solo ha consentido hoy.

—¿Está listo para morir, entonces?

—Oh, ahora es tan viejo que no le importa.

—Bueno, espero no matarlo —dijo Lyon—. Fue bastante desconsiderado por parte de su hijo mandarme llamar.

—Oh, no tienen nada que ganar... ¡todo es suyo ya! —replicó su compañera, como si se tomara este comentario literalmente. Su locuacidad era

sistemática: fraternizaba tan seriamente como podría haber jugado al whist —. Hacen lo que quieren... llenan la casa de gente... tienen carta blanca.

— Ya veo... pero aún queda el título.

— Sí, pero ¿qué es?

Nuestro artista rompió a reír ante esto, lo que provocó que su compañera lo mirara fijamente. Antes de que pudiera recuperarse, ella ya estaba recorriendo la llanura con su otro vecino. El caballero a su izquierda por fin se arriesgó a hacer una observación, y mantuvieron una charla fragmentaria. Este personaje desempeñaba su papel con dificultad: pronunciaba un comentario como una dama dispara una pistola, mirando hacia otro lado. Para atrapar la bala, Lyon tenía que aguzar el oído, y este movimiento lo llevó a observar a una hermosa criatura que estaba sentada en el mismo lado, más allá de su interlocutor. Se le ofrecía su perfil y al principio solo le impresionó su belleza; luego le produjo una impresión aún más agradable: una sensación de recuerdo nítido y de íntima asociación. No la había reconocido al instante solo porque no esperaba en absoluto verla allí; no la había visto en ninguna parte desde hacía tanto tiempo, y nunca le llegaban noticias de ella. Estaba a menudo en sus pensamientos, pero había desaparecido de su vida. Pensaba en ella dos veces por semana; eso puede llamarse a menudo en relación con una persona a la que no se ha visto en doce años. En el momento en que la reconoció, sintió cuán cierto era que solo ella podía tener ese aspecto: de la cabeza más encantadora del mundo (y esta dama la tenía) nunca podría haber una réplica. Estaba inclinada un poco hacia adelante; permanecía de perfil, aparentemente escuchando a alguien al otro lado de ella. Estaba escuchando, pero también estaba mirando, y después de un momento Lyon siguió la dirección de sus ojos. Descansaban sobre el caballero que le habían descrito como el coronel Capadose; descansaban, según le pareció, con una especie de complacencia habitual, visible. Esto no era extraño, pues el coronel estaba inequívocamente formado para atraer la mirada comprensiva de la mujer; pero a Lyon le decepcionó ligeramente que ella pudiera dejar que él la mirara tanto tiempo sin dedicarle una mirada. No había nada entre ellos hoy y él no tenía derechos, pero ella debía de saber que él vendría (por supuesto, no era un acontecimiento tan tremendo, pero no podía haber estado alojada en la casa sin oír hablar de ello), y no era natural que eso no la afectara en absoluto.

Estaba mirando al coronel Capadose como si estuviera enamorada de él, un extraño accidente para la más orgullosa y reservada de las mujeres. Pero sin duda todo estaba bien, si a su marido le parecía bien o no se daba cuenta: había oído vagamente, años atrás, que se había casado, y dio por sentada (como no había oído que se hubiera quedado viuda) la presencia del hombre feliz al que ella había conferido lo que le había negado a él, el pobre estudiante de arte en Múnich. El coronel Capadose parecía no darse cuenta de nada, y esta circunstancia, incongruentemente, irritó a Lyon en lugar de complacerlo. De repente, la dama giró la cabeza, mostrando su rostro completo a nuestro héroe. Él estaba tan preparado con un saludo que sonrió al instante, como se desborda una jarra sacudida; pero ella no le devolvió el saludo, se volvió de nuevo y se reclinó en su silla. Todo lo que su rostro dijo en ese instante fue: «Ya ves, sigo tan hermosa como siempre». A lo que él añadió mentalmente: «Sí, ¡y de qué poco me sirve!». Le preguntó al joven a su lado si sabía quién era ese hermoso ser, la quinta persona más allá de él. El joven se inclinó hacia adelante, consideró y luego dijo: «Creo que es la señora Capadose».

—¿Quiere decir su esposa... la de ese tipo? —E Lyon indicó al sujeto de la información que le había dado su otra vecina.

—Oh, ¿es él el señor Capadose? —dijo el joven, que parecía muy vago. Admitió su vaguedad y la explicó diciendo que había mucha gente y que él había llegado solo el día anterior. Lo que quedó claro para Lyon fue que la señora Capadose estaba enamorada de su marido; tanto que deseó más que nunca haberse casado con ella.

—Es muy fiel —se encontró diciendo tres minutos después a la dama de su derecha. Añadió que se refería a la señora Capadose.

—Ah, ¿la conoce entonces? La conocí hace tiempo... cuando vivía en el extranjero.

—¿Por qué entonces me preguntaba por su marido?

—Precisamente por esa razón. Se casó después de eso... ni siquiera sabía su nombre actual.

—¿Cómo lo sabe entonces ahora?

—Este caballero me lo acaba de decir... parece que lo sabe.

—No sabía que supiera nada —dijo la dama, mirando hacia adelante.

—No creo que sepa nada más que eso.

—Entonces ha descubierto por sí mismo que ella es fiel. ¿Qué quiere decir con eso?

—Ah, no debe interrogarme... quiero interrogarla a usted —dijo Lyon—. ¿Qué tal les cae a todos por aquí?

—¡Pide demasiado! Solo puedo hablar por mí misma. Creo que es dura.

—Eso es solo porque es honesta y directa.

—¿Quiere decir que me gusta la gente en proporción a cómo engañan?

—Creo que a todos nos pasa, mientras no los descubramos —dijo Lyon—. Y además hay algo en su rostro... una especie de tipo romano, a pesar de tener un ojo tan inglés. De hecho, es inglesa hasta la médula; pero su tez, su frente baja y esa hermosa ondita apretada en su cabello oscuro la hacen parecer una contadina glorificada.

—Sí, y siempre se clava alfileres y dagas en la cabeza, para aumentar ese efecto. Debo decir que me gusta más su marido: es tan inteligente.

—Bueno, cuando yo la conocía no había comparación que pudiera perjudicarla. Era, con mucho, la cosa más deliciosa de Múnich.

—¿En Múnich?

—Su familia vivía allí; no eran ricos, buscaban economizar, de hecho, y Múnich era muy barato. Su padre era el hijo menor de alguna casa noble; se había casado por segunda vez y tenía un montón de pequeñas bocas que alimentar. Ella era hija de la primera esposa y no le gustaba su madrastra, pero era encantadora con sus hermanitos y hermanitas. Una vez hice un boceto de ella como la Carlota de Werther, cortando pan y mantequilla mientras ellos se arremolinaban a su alrededor. Todos los artistas del lugar estaban enamorados de ella, pero no quería saber nada de «gente como nosotros». Era demasiado orgullosa, eso se lo concedo; pero no era engreída ni remilgada; era sencilla, franca y amable al respecto. Solía recordarme a la Ethel Newcome de Thackeray. Me dijo que debía casarse bien: era lo único que podía hacer por su familia. Supongo que usted diría que se ha casado bien.

—¿Se lo dijo a usted? —sonrió la vecina de Lyon.

—Oh, por supuesto que yo también le propuse matrimonio. ¡Pero es evidente que ella misma lo cree! —añadió.

Cuando las damas se levantaron de la mesa, el anfitrión, como de costumbre, instó a los caballeros a acercarse, de modo que Lyon se encontró frente al coronel Capadose. La conversación giró principalmente en torno a la «cacería», pues aparentemente había sido un gran día en el campo de caza. La mayoría de los caballeros comunicaron sus aventuras y opiniones, pero la agradable voz del coronel Capadose era la más audible en el coro. Era un órgano brillante y fresco, pero masculino, justo el tipo de voz que, a juicio de Lyon, un hombre tan distinguido debía tener. Por sus comentarios se desprendía que era un jinete muy intrépido, lo cual también era en gran medida lo que Lyon habría esperado. No es que fanfarroneara, pues sus alusiones eran hechas de manera muy discreta y casual; pero todas eran sobre experimentos demasiado peligrosos y situaciones límite. Lyon percibió al poco rato que la atención prestada por la compañía a los comentarios del coronel no estaba en relación directa con el interés que parecían ofrecer; el resultado de lo cual fue que el orador, que notó que al menos él estaba escuchando, comenzó a tratarlo como su auditor particular y a fijar sus ojos en él mientras hablaba. Lyon no tuvo más remedio que mostrarse comprensivo y asentir: el coronel Capadose parecía dar por sentada tanta simpatía y asentimiento. Un hacendado vecino había tenido un accidente; se había dado un buen golpe en un lugar complicado, justo al final, con consecuencias que parecían graves. Se había golpeado la cabeza; permanecía inconsciente, según las últimas noticias: evidentemente había habido conmoción cerebral. Hubo cierto intercambio de opiniones sobre su recuperación, cuánto tardaría en producirse o si se produciría en absoluto; lo que llevó al coronel a confiarle a nuestro artista, a través de la mesa, que él no perdería la esperanza en un tipo aunque no volviera en sí durante semanas... durante semanas y semanas y semanas... durante meses, casi durante años. Se inclinó hacia adelante; Lyon se inclinó hacia adelante para escuchar, y el coronel Capadose mencionó que sabía por experiencia personal que realmente no había límite de tiempo que uno pudiera yacer inconsciente sin que le pasara nada malo. Le había sucedido a él en Irlanda, años atrás; había salido despedido de un dogcart, había dado una voltereta completa y había aterrizado sobre la cabeza. Pensaron que estaba muerto, pero no lo estaba; lo llevaron primero a la cabaña más cercana, donde yació unos días con los cerdos, y luego a una posada en un pueblo vecino: por poco no lo meten bajo tierra. Había

estado completamente inconsciente sin el menor atisbo de reconocimiento de ningún ser humano durante tres meses enteros; ni un destello de conciencia de ninguna maldita cosa. Estuvo al borde del abismo hasta tal punto que no podían acercarse a él, no podían alimentarlo, apenas podían mirarlo. Entonces, un día, había abierto los ojos, ¡tan fresco como una lechuga!

—Le doy mi palabra de honor de que me había hecho bien: descansó mi cerebro. —Parecía insinuar que, con una inteligencia tan activa como la suya, esos períodos de reposo eran providenciales. A Lyon le pareció muy sorprendente su historia, pero quiso preguntarle si no habría fingido un poco, no al relatarla, sino al mantenerse tan quieto. Sin embargo, dudó a tiempo de implicar una duda; estaba tan impresionado con el tono en que el coronel Capadose dijo que había faltado un pelo para que no lo enterraran vivo. Eso le había pasado a un amigo suyo en la India, un tipo que se suponía que había muerto de fiebre de la jungla: lo metieron en un ataúd. Iba a continuar recitando el destino posterior de este desafortunado caballero cuando el señor Ashmore hizo un movimiento y todos se levantaron para pasar al salón. Lyon notó que para entonces nadie prestaba atención a lo que su nuevo amigo le decía. Dieron la vuelta por ambos lados de la mesa y se encontraron mientras los caballeros se entretenían antes de salir.

—¿Y quiere decir que su amigo fue literalmente enterrado vivo? —preguntó Lyon, con cierta expectación.

El coronel Capadose lo miró un momento, como si ya hubiera perdido el hilo de la conversación. Entonces su rostro se iluminó, y cuando se iluminaba era doblemente apuesto.

—¡Le juro por mi alma que lo arrojaron al suelo!

—¿Y lo dejaron allí?

—Lo dejaron allí hasta que yo llegué y lo saqué.

—¿Llegó usted?

—Soñé con él... es la historia más extraordinaria: lo oí llamándome en la noche. Me tomé la libertad de desenterrarlo. Sabe que hay gente en la India, una especie de raza repugnante, los ghouls, que violan tumbas. Tuve una especie de presentimiento de que llegarían a él primero. Cabalgué rápido, se lo aseguro; y, ¡por Jove!, ¡un par de ellos acababan de empezar a cavar! ¡Crac, crac!, de un par de cañones, y me enseñaron los talones, como puede

imaginar. ¿Creería que lo saqué yo mismo? El aire lo reanimó y no le pasó nada. Tiene su pensión, volvió a casa el otro día; haría cualquier cosa por mí.

—¿Lo llamó en la noche? —dijo Lyon, muy sorprendido.

—Ese es el punto interesante. Ahora bien, ¿qué fue? No fue su fantasma, porque no estaba muerto. No fue él mismo, porque no podía. ¡Fue alguna cosa u otra! Verá, la India es un país extraño... hay un elemento de misterio: el aire está lleno de cosas que no se pueden explicar.

Salieron del comedor, y el coronel Capadose, que iba entre los primeros, se separó de Lyon; pero un minuto después, antes de que llegaran al salón, se reunió de nuevo con él.

—Ashmore me dice quién es usted. Por supuesto, he oído hablar de usted a menudo; estoy encantado de conocerlo; mi esposa solía conocerlo a usted.

—Me alegro de que me recuerde. La reconocí en la cena y temí que ella no lo hiciera.

—Ah, me temo que estaba avergonzada —dijo el coronel, con humor indulgente.

—¿Avergonzada de mí? —replicó Lyon, en el mismo tono.

—¿No hubo algo sobre un cuadro? Sí; usted pintó su retrato.

—Muchas veces —dijo el artista—; y bien puede ser que estuviera avergonzada de lo que hice de ella.

—Bueno, yo no lo estaba, mi querido señor; fue ver ese cuadro, que tuvo la bondad de regalarle, lo que hizo que me enamorara de ella por primera vez.

—¿Se refiere a ese con los niños... cortando pan y mantequilla?

—¿Pan y mantequilla? ¡Dios me valga, no! Hojas de parra y una piel de leopardo... una especie de Bacante.

—Ah, sí —dijo Lyon—; lo recuerdo. Fue el primer retrato decente que pinté. Tendría curiosidad por verlo hoy.

—¡No le pida que se lo enseñe... se sentiría mortificada! —exclamó el coronel.

—¿Mortificada?

—Nos deshicimos de él... de la manera más desinteresada —rio—. Un viejo amigo de mi esposa (la familia de ella lo había conocido íntimamente cuando vivían en Alemania) se encaprichó de él de forma extraordinaria: el Gran Duque de Silberstadt-Schreckenstein, ¿sabe? Vino a Bombay mientras estábamos allí y descubrió su cuadro (sabe que es uno de los mayores coleccionistas de Europa), y le puso tales ojos que, créame... resultó que era su cumpleaños... ella le dijo que podía quedárselo, para librarse de él. Estaba absolutamente encantado... pero echamos de menos el cuadro.

—Es muy amable de su parte —dijo Lyon—. Si está en una gran colección... una obra de mi juventud incompetente... me siento infinitamente honrado.

—Oh, lo tiene en uno de sus castillos; no sé en cuál... sabe que tiene tantos. Nos envió, antes de irse de la India, para devolver el cumplido, un magnífico jarrón antiguo.

—Eso era más de lo que valía la cosa —comentó Lyon.

El coronel Capadose no prestó atención a esta observación; parecía estar pensando en algo. Después de un momento dijo:

—Si viene a vernos a la ciudad, ella le enseñará el jarrón. —Y mientras entraban al salón, le dio al artista un amistoso empujón—. Vaya a hablar con ella; allí está... estará encantada.

Oliver Lyon dio solo unos pasos en el amplio salón; se quedó allí un momento mirando la brillante composición del grupo iluminado por las lámparas de mujeres hermosas, las figuras solitarias, el gran escenario de blanco y oro, los paneles de antiguo damasco, en el centro de cada uno de los cuales había un único cuadro célebre. Había un lustre tenue en la escena y un aire como de brillantes colas de vestidos desparramadas por la alfombra. En el extremo más alejado de la habitación se sentaba la señora Capadose, bastante aislada; estaba en un pequeño sofá, con un lugar vacío a su lado. Lyon no podía halagarse pensando que lo había estado guardando para él; su incapacidad para responder a su reconocimiento en la mesa contradecía eso, pero sintió un deseo extremo de ir y ocuparlo. Además, tenía el permiso de su marido; así que cruzó la habitación, pisando por encima de las colas de los vestidos, y se detuvo ante su vieja amiga.

—Espero que no tenga intención de repudiarme —dijo él.

Ella lo miró con una expresión de puro placer.

—Me alegro tanto de verlo. Me encantó cuando oí que venía.

—Traté de obtener una sonrisa de usted en la cena... pero no pude.

—No lo vi... no lo entendí. Además, odio hacer muecas y enviar telegramas. También soy muy tímida... no lo habrá olvidado. Ahora podemos comunicarnos cómodamente. —Y le hizo un mejor sitio en el pequeño sofá. Él se sentó y tuvieron una charla que disfrutó, mientras la razón por la que solía gustarle tanto regresaba a él, así como una buena parte del mismo afecto de antaño. Seguía siendo la belleza menos consentida que había visto jamás, con una ausencia de coquetería o de cualquier arte insinuante que casi parecía una facultad omitida; había momentos en que a su interlocutor le parecía una fina criatura de un manicomio: una sorprendente sordomuda o una de las ciegas operativas. Su noble cabeza pagana le daba privilegios que ella descuidaba, y cuando la gente admiraba su frente, ella se preguntaba si habría un buen fuego en su dormitorio. Era sencilla, amable y buena; inexpresiva pero no inhumana o estúpida. De vez en cuando dejaba caer algo que tenía un aire tamizado, seleccionado: el sonido de una impresión de primera mano. No tenía imaginación, pero había sumado sus sentimientos, algunas de sus reflexiones, sobre la vida. Lyon habló de los viejos tiempos en Múnich, le recordó incidentes, placeres y penas, le preguntó por su padre y los demás; y ella le dijo a cambio que estaba tan impresionada con su propia fama, su brillante posición en el mundo, que no se había sentido muy segura de que él le hablara o de que su pequeña señal en la mesa fuera para ella. Este fue claramente un discurso perfectamente veraz (era incapaz de cualquier otro) y a él le afectó tal humildad por parte de una mujer cuya gran línea era única. Su padre había muerto; uno de sus hermanos estaba en la marina y el otro en un rancho en América; dos de sus hermanas estaban casadas y la menor acababa de hacer su presentación y era muy bonita. No mencionó a su madrastra. Ella le preguntó por su propia historia personal y él dijo que lo principal que le había sucedido era que nunca se había casado.

—Oh, debería hacerlo —respondió ella—. Es lo mejor.

—¡Me gusta oírle decir eso! —replicó él.

—¿Por qué no? Soy muy feliz.

—Precisamente por eso no puedo serlo yo. Es cruel por su parte alabar su estado. Pero he tenido el placer de conocer a su marido. Tuvimos una buena charla en la otra habitación.

—Debe conocerlo mejor... debe conocerlo realmente bien —dijo la señora Capadose.

—Estoy seguro de que cuanto más se profundiza, más se encuentra. Pero también causa una buena impresión.

Ella posó sus buenos ojos grises en Lyon.

—¿No le parece apuesto?

—Apuesto, inteligente y entretenido. Ya ve que soy generoso.

—Sí; debe conocerlo bien —repitió la señora Capadose.

—Ha visto mucho mundo —dijo su acompañante.

—Sí, hemos estado en tantos sitios. Tiene que ver a mi hijita. Tiene nueve años... es demasiado hermosa.

—Debe traerla a mi estudio algún día... me gustaría pintarla.

—Ah, no hable de eso —dijo la señora Capadose—. Me recuerda algo muy angustiante.

—Espero que no se refiera a cuando usted solía posar para mí... aunque aquello bien pudo aburrirla.

—No es lo que usted hizo... es lo que nosotros hemos hecho. Es una confesión que debo hacer... ¡es un peso en mi conciencia! Me refiero a ese hermoso cuadro que me regaló... solía ser tan admirado. Cuando venga a verme a Londres (cuento con que lo haga muy pronto) lo veré mirando por todas partes. No puedo decirle que lo guardo en mi propia habitación porque lo amo tanto, por la sencilla razón de... —E hizo una pausa.

—Porque usted no sabe decir mentiras malvadas —dijo Lyon.

—No, no sé. Así que antes de que pregunte por él...

—Oh, sé que se deshicieron de él... el golpe ya ha caído —la interrumpió Lyon.

—¿Ah, entonces, lo ha oído? ¡Estaba segura de que se enteraría! Pero ¿sabe cuánto obtuvimos por él? Doscientas libras.

—Podrían haber obtenido mucho más —dijo Lyon, sonriendo.

—Parecía mucho en ese momento. Estábamos necesitados de dinero... fue hace bastante tiempo, cuando recién nos casamos. Nuestros medios eran muy escasos entonces, pero afortunadamente eso ha cambiado bastante para mejor. Tuvimos la oportunidad; realmente parecía una gran suma, y me temo que la aprovechamos. Mi marido tenía expectativas que en parte se han cumplido, así que ahora nos va bastante bien. Pero mientras tanto, el cuadro se fue.

—Afortunadamente, la original se quedó. Pero ¿quiere decir que doscientas era el valor del jarrón? —preguntó Lyon.

—¿Del jarrón?

—El hermoso jarrón indio antiguo... el regalo del Gran Duque.

—¿El Gran Duque?

—¿Cómo se llama? Silberstadt-Schreckenstein. Su marido mencionó la transacción.

—Oh, mi marido —dijo la señora Capadose; y Lyon vio que se sonrojaba un poco.

No para aumentar su vergüenza, sino para aclarar la ambigüedad, que al momento siguiente percibió que habría sido mejor dejar en paz, continuó:

—Me dice que ahora está en su colección.

—¿En la del Gran Duque? Ah, ¿conoce su reputación? Creo que contiene tesoros. —Estaba desconcertada, pero se recuperó, y Lyon hizo la reflexión mental de que, por alguna razón que parecería buena cuando la supiera, el marido y la mujer habían preparado diferentes versiones del mismo incidente. Era cierto que no veía exactamente a Everina Brant preparando una versión; ese no era su estilo de antaño, y de hecho no estaba en sus ojos hoy. En cualquier caso, ambos tenían el asunto demasiado en su conciencia. Cambió de tema, dijo que la señora Capadose realmente debía traer a la niña. Se sentó con ella un rato más y pensó (quizá era solo una fantasía) que estaba bastante ausente, como si le molestara que hubieran estado, aunque

fuera por un momento, en desacuerdo. Esto no impidió que le dijera al final, justo cuando las damas comenzaban a reunirse para irse a la cama:

— Parece muy impresionada, por lo que dice, con mi renombre y mi prosperidad, y es tan amable de exagerarlos enormemente. ¿Se habría casado conmigo si hubiera sabido que estaba destinado al éxito?

— Sí lo sabía.

— Bueno, yo no lo sabía.

— Era usted demasiado modesto.

— No pensó eso cuando le propuse matrimonio.

— Bueno, si me hubiera casado con usted no podría haberme casado con él... y es tan agradable — dijo la señora Capadose. Lyon sabía que ella lo pensaba (lo había averiguado en la cena), pero le molestó un poco oírsele decir. El caballero designado por el pronombre se acercó, en medio de los prolongados apretones de manos de buenas noches, y la señora Capadose le comentó a su marido mientras se daba la vuelta:

— Quiere pintar a Amy.

— Ah, es una niña encantadora, una criaturita de lo más interesante — le dijo el coronel a Lyon —. Hace las cosas más notables.

La señora Capadose se detuvo, en la susurrante procesión que seguía a la anfitriona fuera de la habitación.

— No se lo cuente, por favor, no lo haga — dijo ella.

— ¿No contarle qué?

— Pues lo que hace. Deje que lo descubra por sí mismo. — Y siguió adelante.

— Cree que presumo de la niña... que aburro a la gente — dijo el coronel —. Espero que fume.

Apareció diez minutos después en el salón de fumar, con un atuendo brillante, un traje de sarga carmesí cubierto de pequeños lunares blancos. Satisfizo el ojo de Lyon, le hizo sentir que la edad moderna también tiene su esplendor y sus oportunidades para el vestuario. Si su esposa era una antigüedad, él era un buen espécimen del período del color: podría haber

pasado por un veneciano del siglo XVI. Eran una pareja notable, pensó Lyon, y mientras miraba al coronel de pie, con brillante rectitud, frente a la chimenea mientras emitía grandes bocanadas de humo, no se extrañó de que Everina no pudiera lamentar no haberse casado con él. No todos los caballeros reunidos en Stayes eran fumadores y algunos se habían ido a la cama. El coronel Capadose comentó que probablemente habría una asistencia reducida; habían tenido un día de trabajo muy duro. Eso era lo peor de una casa de caza: los hombres estaban tan somnolientos después de la cena; era terriblemente aburrido para las damas, incluso para aquellas que también cazaban, pues las mujeres eran tan extraordinarias, nunca lo demostraban. Pero la mayoría de los tipos revivían bajo las estimulantes influencias del salón de fumar, y algunos de ellos, confiados en esto, aparecerían todavía. Algunas de las razones de su confianza —no todas— podían verse en un grupo de vasos y botellas sobre una mesa cerca del fuego, que hacía que la gran bandeja y su contenido centellearan sociablemente. Las otras acechaban aún en varios rincones impropios de las mentes de los más locuaces. Lyon estuvo a solas con el coronel Capadose durante unos momentos antes de que sus compañeros, en variadas excentricidades de uniforme, entraran uno tras otro, y percibió que este hombre maravilloso tenía poca pérdida de tejido vital que reparar.

Hablaron sobre la casa, ya que Lyon había notado una peculiaridad de construcción en el salón de fumar; y el coronel explicó que constaba de dos partes distintas, una de las cuales era de gran antigüedad. Eran dos casas completas, en resumen, la vieja y la nueva, cada una de gran extensión y cada una muy elegante a su manera. Las dos formaban juntas una estructura enorme; Lyon debía asegurarse de recorrerla toda. La parte moderna había sido erigida por el anciano cuando compró la propiedad; oh sí, la había comprado, cuarenta años atrás, no había estado en la familia: no había habido ninguna familia en particular en la que estar. Había tenido el buen gusto de no estropear la casa original; no la había tocado más allá de lo estrictamente necesario para unirla. Era muy curiosa, de hecho, una construcción de lo más irregular, laberíntica y misteriosa, donde de vez en cuando descubrían una habitación tapiada o una escalera secreta. Sin embargo, a su juicio, era esencialmente sombría; incluso las adiciones modernas, espléndidas como eran, no lograban hacerla alegre. Había alguna historia sobre un esqueleto que se había encontrado años atrás, durante unas reparaciones, bajo una losa de piedra del suelo de uno de los pasillos; pero la familia era

bastante reacia a que se hablara de ello. El lugar en el que estaban se encontraba, por supuesto, en la parte antigua, que contenía, después de todo, algunas de las mejores habitaciones: tenía la idea de que había sido la cocina primitiva, medio modernizada en algún período intermedio.

— Mi habitación también está en la parte antigua... entonces me alegro mucho — dijo Lyon —. Es muy cómoda y contiene todas las comodidades más recientes, pero observé la profundidad del hueco de la puerta y la evidente antigüedad del pasillo y la escalera (la primera, corta) después de salir. Ese pasillo artesonado es admirable; parece que se extiende, en su oscura penumbra (las lámparas no me pareció que le hicieran mucha mella), como media milla.

— ¡Oh, no vaya hasta el final! — exclamó el coronel, sonriendo.

— ¿Conduce a la habitación encantada? — preguntó Lyon.

Su compañero lo miró un momento.

— Ah, ¿sabe de eso?

— No, no hablo con conocimiento, solo por esperanza. Nunca he tenido suerte... nunca me he alojado en una casa peligrosa. Los lugares a los que voy son siempre tan seguros como Charing Cross. Quiero ver... lo que sea que haya, lo habitual. ¿Hay un fantasma aquí?

— Por supuesto que lo hay... uno de primera.

— ¿Y usted lo ha visto?

— Oh, no me pregunte lo que yo he visto... pondría a prueba su credulidad. No me gusta hablar de estas cosas. Pero hay dos o tres habitaciones tan malas... ¡es decir, tan buenas!... como las que pueda encontrar en cualquier parte.

— ¿Quiere decir en mi pasillo? — preguntó Lyon.

— Creo que la peor está al final del todo. Pero no le aconsejaría dormir allí.

— ¿No me lo aconsejaría?

— Hasta que haya terminado su trabajo. Recibirá cartas de importancia a la mañana siguiente y tomará el [tren] de las 10:20.

—¿Quiere decir que inventaré un pretexto para salir huyendo?

—A menos que sea más valiente de lo que casi nadie ha sido jamás. No suelen poner a dormir a la gente allí, pero a veces la casa está tan llena que tienen que hacerlo. Siempre sucede lo mismo: agitación mal disimulada en la mesa del desayuno y cartas de la mayor importancia. Por supuesto, es una habitación de soltero, y mi esposa y yo estamos en el otro extremo de la casa. Pero vimos la comedia hace tres días, el día después de llegar. Habían puesto allí a un joven (olvidé su nombre), la casa estaba tan llena; y siguió la consecuencia habitual. Cartas en el desayuno... una cara terriblemente extraña... una llamada urgente a la ciudad... lamentando mucho que su visita se acortara. Ashmore y su esposa se miraron, y el pobre diablo se largó.

—Ah, eso no me convendría; debo pintar mi cuadro —dijo Lyon—. Pero ¿les importa que hable de ello? Sabe, algunas personas que tienen un buen fantasma están muy orgullosas de él.

Lo que el coronel Capadose estaba a punto de responder a esta pregunta, nuestro héroe no iba a saberlo, pues en ese momento su anfitrión había entrado en la habitación acompañado de tres o cuatro caballeros. Lyon fue consciente de que, en parte, el hecho de que el coronel no continuara con el tema respondía a su pregunta. Esto, sin embargo, por otro lado, resultaba natural por el hecho de que uno de los caballeros le pidió su opinión sobre un punto en discusión, algo que ver con la eterna historia de la cacería del día. El propio señor Ashmore comenzó a hablar con Lyon, expresando su pesar por haber tenido tan poca conversación directa con él hasta el momento. El tema que surgió fue, naturalmente, el más estrechamente relacionado con el motivo de la visita del artista. Lyon comentó que era una gran desventaja para él no haber tenido algún conocimiento preliminar de Sir David; en la mayoría de los casos, encontraba eso muy importante. Pero el modelo actual estaba tan avanzado en edad que, sin duda, no había tiempo que perder.

—Oh, puedo contarle todo sobre él —dijo el señor Ashmore; y durante media hora le contó bastante. Fue muy interesante a la vez que muy elogioso, y Lyon pudo ver que era un anciano muy agradable, para haberse hecho querer tanto por un hijo que evidentemente no era un sensiblero. Finalmente, se levantó; dijo que debía irse a la cama si deseaba estar fresco para su trabajo por la mañana. A lo que su anfitrión respondió:

—Entonces debe coger su vela; las luces están apagadas; no hago que mis sirvientes se queden despiertos.

En un momento Lyon tuvo su titilante vela en la mano, y mientras salía de la habitación (no molestó a los demás con unas buenas noches; estaban absortos en el exprimidor de limón y el corcho del agua de soda) recordó otras ocasiones en las que se había abierto camino solo hacia la cama a través de una casa de campo a oscuras; tales ocasiones no habían sido raras, pues casi siempre era el primero en abandonar el salón de fumar. Si no se había alojado en casas conspicuamente encantadas, no obstante (teniendo el temperamento artístico), a veces había encontrado los grandes vestíbulos y escaleras negras bastante espeluznantes: a menudo había habido un efecto siniestro, para su imaginación, en el sonido de sus pasos en los largos pasillos o en la forma en que la luna de invierno se asomaba por los altos ventanales de los rellanos. Se le ocurrió que si las casas sin pretensiones sobrenaturales podían parecer tan inquietantes de noche, los antiguos pasillos de Stayes ciertamente le darían una sensación. No sabía si los propietarios eran susceptibles; muy a menudo, como le había dicho al coronel Capadose, la gente disfrutaba de la imputación. Lo que lo determinó a hablar, con cierta sensación de riesgo, fue la impresión de que el coronel contaba historias extrañas. Con la mano ya en el pomo, le dijo a Arthur Ashmore:

—Espero no encontrarme con ningún fantasma.

—¿Fantasmas?

—Deberían tener alguno... en esta magnífica parte antigua.

—Hacemos lo que podemos, pero ¿que voulez-vous? —dijo el señor Ashmore—. No creo que les gusten las tuberías de agua caliente.

—¿Les recuerdan demasiado a su propio clima? Pero ¿no tienen una habitación encantada... al final de mi pasillo?

—Oh, hay historias... intentamos mantenerlas vivas.

—Me gustaría mucho dormir allí —dijo Lyon.

—Bueno, puede mudarse mañana si quiere.

—Quizá sea mejor que espere a haber terminado mi trabajo.

—Muy bien; pero no trabajará allí, ¿sabe? Mi padre posará para usted en sus propios aposentos.

—Oh, no es eso; es el miedo a salir huyendo, como ese caballero de hace tres días.

—¿Hace tres días? ¿Qué caballero? —preguntó el señor Ashmore.

—El que recibió cartas urgentes en el desayuno y huyó en el [tren] de las 10:20. ¿Aguantó más de una noche?

—No sé de qué me habla. No hubo tal caballero... hace tres días.

—Ah, mucho mejor —dijo Lyon, despidiéndose con un gesto y marchándose.

Tomó su camino, tal como lo recordaba, con su vela vacilante y, aunque se encontró con una gran cantidad de objetos espantosos, llegó a salvo al pasillo del que salía su habitación. En la completa oscuridad parecía extenderse aún más, pero lo siguió, por la curiosidad del asunto, hasta el final. Pasó varias puertas con el nombre de la habitación pintado en ellas, pero no encontró nada más. Estuvo tentado de probar la última puerta, de mirar dentro de la habitación de mala fama; pero reflexionó que eso sería indiscreto, dado que el coronel Capadose manejaba el pincel —como raconteur— con tanta soltura. Podría haber un fantasma o podría no haberlo; pero el propio coronel, se inclinaba a pensar, era la figura más desconcertante de la casa.

II

Lyon descubrió que Sir David Ashmore era un modelo excelente y, además, muy cómodo. Además, era un anciano muy agradable, tremendamente arrugado pero en absoluto apagado; y llevaba exactamente la bata forrada de piel que Lyon habría elegido. Estaba orgulloso de su edad pero avergonzado de sus achaques, que, sin embargo, exageraba enormemente, y que no le impedían posar tan sumiso como si el retrato al óleo fuera una rama de la cirugía. Desmontó la leyenda de que temía que la operación fuera fatal, dando una explicación que complació mucho más a nuestro amigo. Sostenía que a un caballero solo se le debía pintar una vez en la vida; que era ansioso y fatuo estar colgado por todas partes. Eso estaba bien para las mujeres, que creaban un bonito patrón de pared; pero el rostro masculino no se prestaba a la repetición decorativa. El momento adecuado para el retrato era al final, cuando el hombre estaba completo: se obtenía la totalidad de su experiencia. Lyon no pudo replicar que ese período no era un compendio real —había que contar con las fugas—; pues no había habido ninguna grieta en la cristalización de Sir David. Hablaba de su retrato como un simple mapa del país, que sus hijos consultarían en caso de incertidumbre. Un mapa adecuado solo podía trazarse cuando el país había sido recorrido. Le concedía a Lyon sus mañanas, hasta el almuerzo, y hablaban de muchas cosas, sin dejar de lado, como estímulo para el cotilleo, a la gente de la casa. Ahora que no salía, según decía, veía mucho menos a los visitantes de Stayes: la gente iba y venía sin que él supiera nada de ellos, y le gustaba oír a Lyon describirlos. El artista esbozaba con trazo fino y no caricaturizaba, y solía ocurrir que cuando Sir David no conocía a los hijos e hijas, había conocido a los padres y madres. Era uno de esos terribles an-

cianos que son un repositorio de antecedentes. Pero en el caso de la familia Capadose, a la que llegaron con facilidad, su conocimiento abarcaba dos, o incluso tres, generaciones. El general Capadose era un viejo compinche, y recordaba a su padre antes que a él. El general era un soldado bastante astuto, pero en la vida privada de talante demasiado especulativo: siempre metiéndose en la City para poner su dinero en alguna porquería. Se casó con una chica que le aportó algo y tuvieron media docena de hijos. Apenas sabía qué había sido del resto, excepto que uno estaba en la Iglesia y había prosperado... ¿no era Deán de Rockingham? Clement, el tipo que estaba en Stayes, tenía cierto talento militar; había servido en Oriente, se había casado con una chica guapa. Había estado en Eton con su hijo, y solía venir a Stayes en vacaciones. Últimamente, al volver a Inglaterra, había aparecido de nuevo con su esposa; eso fue antes de que a él —al anciano— lo «jubilaran». Era un tipo encantador, pero tenía una debilidad monstruosa.

—¿Una debilidad monstruosa? —dijo Lyon.

—Es un embustero de tomo y lomo.

El pincel de Lyon se detuvo en seco, mientras repetía, pues de algún modo la fórmula lo sobresaltó:

—¿Un embustero de tomo y lomo?

—Es usted muy afortunado por no haberlo descubierto.

—Bueno, confieso que he notado un tinte romántico...

—Oh, no siempre es romántico. Miente sobre la hora del día, sobre el nombre de su sombrerero. Parece que hay gente así.

—Bueno, son unos auténticos sinvergüenzas —declaró Lyon, con la voz temblándole un poco al pensar en lo que Everina Brant había hecho consigo misma.

—Oh, no siempre —dijo el anciano—. Este tipo no es un sinvergüenza en absoluto. No hay maldad en él ni mala intención; no roba, ni engaña, ni juega, ni bebe; es muy amable... es fiel a su esposa, quiere a sus hijos. Simplemente no puede darte una respuesta directa.

—Entonces todo lo que me dijo anoche, supongo, era mendaz: soltó una serie de las afirmaciones más rotundas. Se atascaban, cuando intenté tragarlas, pero nunca pensé en una explicación tan sencilla.

—Sin duda estaba en vena —prosiguió Sir David—. Es una peculiaridad natural... como si cojearas o tartamudearas o fueras zurdo. Creo que va y viene, como la fiebre intermitente. Mi hijo me dice que sus amigos suelen entenderlo y no le llaman la atención... por el bien de su esposa.

—¡Oh, su esposa... su esposa! —murmuró Lyon, pintando de prisa.

—Me atrevería a decir que está acostumbrada.

—Imposible, Sir David. ¿Cómo puede estar acostumbrada?

—¡Vamos, mi querido señor, cuando una mujer quiere! ¿Y no pecan ellas mismas, en su mayoría, de exageradas? Son connaisseurs... sienten simpatía por un colega.

Lyon guardó silencio un momento; no tenía motivos para negar que la señora Capadose sintiera afecto por su marido. Pero al cabo de un instante replicó:

—¡Oh, esta no! La conocí hace años... antes de su matrimonio; la conocí bien y la admiré. Era clara como el agua.

—Me cae muy bien —dijo Sir David—, pero la he visto secundarlo.

Lyon consideró a Sir David por un momento, no como modelo.

—¿Está usted muy seguro?

El anciano vaciló; luego respondió, sonriendo:

—Está usted enamorado de ella.

—Muy probablemente. ¡Sabe Dios que solía estarlo!

—Debe ayudarlo a salir del paso... no puede dejarlo en evidencia.

—Puede mantenerse callada —comentó Lyon.

—Bueno, delante de usted probablemente lo hará.

—Eso es lo que tengo curiosidad por ver. —Y Lyon añadió, para sus adentros: «¡Dios mío, en qué la debe de haber convertido!».

Se guardó esta reflexión para sí mismo, pues consideraba que ya había delatado suficientemente su estado de ánimo con respecto a la señora Capadose. No obstante, ahora lo ocupaba inmensamente la cuestión de cómo una mujer así se desenvolvería en semejante aprieto. La observaba con un in-

terés profundamente avivado cuando se mezclaba con la compañía; él había tenido sus propios problemas en la vida, pero raras veces había estado tan ansioso por algo como lo estaba ahora por ver en qué habrían convertido la lealtad de una esposa y el contagio del ejemplo a una mente absolutamente veraz. Oh, él daba por inmutablemente establecido que, independientemente de lo que otras mujeres fueran propensas a hacer, ella, antaño, había sido perfectamente incapaz de una desviación. Incluso si no hubiera sido demasiado sencilla para engañar, habría sido demasiado orgullosa; y si no hubiera tenido demasiada conciencia, habría tenido demasiado poco afán. Era lo último que habría soportado o condonado... aquello en particular que no habría perdonado. ¿Se sentaba atormentada mientras su marido daba sus volteretas, o era ahora también tan perversa que pensaba que era estupendo ser deslumbrante a expensas del honor? Habría hecho falta una alquimia prodigiosa —funcionando al revés, por así decirlo— para producir este último resultado. Además de estas dos alternativas (que sufría torturas en silencio y que estaba tan enamorada que la humillante idiosincrasia de su marido le parecía solo una riqueza añadida, una prueba de vida y talento), existía aún la posibilidad de que ella no lo hubiera descubierto, que aceptara sus piezas falsas por su valor nominal. Un poco de reflexión volvía esta hipótesis insostenible; era demasiado evidente que la versión que él daba de las cosas debía de haber contradicho repetidamente el propio conocimiento de ella. A la hora o dos de conocerlos, Lyon la había visto enfrentada a aquella invención perfectamente gratuita sobre el beneficio que habían obtenido de su primer cuadro. Incluso entonces, por lo que él pudo ver, ella no había sufrido, y... pero por el momento solo podía contemplar el caso.

Incluso si no se hubiera entremezclado, a través de su no erradicada ternura por la señora Capadose, con un elemento de suspense, la cuestión se le habría presentado igualmente como un problema muy curioso, pues no había pintado retratos durante tantos años sin volverse un tanto psicólogo. Su indagación se limitaba por el momento a la oportunidad que pudieran ofrecer los tres días siguientes, ya que el coronel y su esposa se marchaban a otra casa. Se centraba en gran medida, por supuesto, también en el coronel: este caballero era una anomalía singular. Además, tenía que proceder muy rápidamente. Lyon era demasiado escrupuloso para preguntar a otras personas qué pensaban del asunto: temía demasiado exponer a la mujer que una vez había amado. Era probable también que la luz le llegara de la conversación del resto de la compañía: la extraña costumbre del coronel, tanto

en lo que afectaba a su propia situación como en lo que afectaba a su esposa, sería un tema familiar en cualquier casa en la que él soliera alojarse. Lyon no había observado en los círculos que visitaba ninguna marcada abstención de comentar las singularidades de sus miembros. Interfería en su progreso el hecho de que el coronel cazara todo el día, mientras él manejaba los pinceles y charlaba con Sir David; pero medió un domingo y eso lo compensó en parte. La señora Capadose, afortunadamente, no cazaba, y cuando él terminaba su trabajo, ella no estaba inaccesible. Dio un par de paseos bastante largos con ella (le gustaba eso), y la convenció a la hora del té para sentarse en un rincón acogedor del vestíbulo. Por más que la miraba, no podía discernir que estuviera consumida por una vergüenza oculta; la sensación de estar casada con un hombre cuya palabra no tenía ningún valor no era, en su espíritu, hasta donde él podía adivinar, el cáncer dentro de la rosa. Su mente parecía no tener nada sobre ella salvo su propia y plácida franqueza, y cuando él la miraba a los ojos (profundamente, como se permitía hacer de vez en cuando), estos no tenían ninguna conciencia incómoda. Le habló una y otra vez de los queridos viejos tiempos, le recordó cosas que él no tenía (antes de este reencuentro) la menor idea de que recordaba. Luego le habló de su marido, elogió su apariencia, su talento para la conversación, profesó haber sentido una rápida amistad por él y le preguntó (con una audacia interna que le hizo temblar un poco) qué clase de hombre era.

—¿Qué clase? —dijo la señora Capadose—. ¡Dios mío!, ¿cómo puede una describir a su marido? Me gusta mucho.

—¡Ah, eso ya me lo ha dicho! —exclamó Lyon, con exagerada tristeza.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta de nuevo? —Añadió al cabo de un momento, como si fuera tan feliz que pudiera permitirse compadecerse de él—: Es todo bondad y amabilidad. Es un soldado... y un caballero... ¡y un encanto! No tiene ni un defecto. Y tiene un gran talento.

—Sí; da la impresión de tener un gran talento. Pero, por supuesto, yo no puedo pensar que sea un encanto.

—¡No me importa lo que usted piense de él! —dijo la señora Capadose, pareciendo, según él, mientras sonreía, más hermosa de lo que él la había visto nunca. O era profundamente cínica o aún más profundamente impenetrable, y él tenía pocas perspectivas de obtener de ella el indicio que ansiaba: alguna pista de que se le había ocurrido que, después de todo, habría he-

cho mejor en casarse con un hombre que no fuera el hazmerreír por el más despreciable, el menos heroico de los vicios. ¿No había visto... no había sentido... la sonrisita circular cuando su marido ejecutaba alguna cabriola conversacional especialmente característica? ¿Cómo podía una mujer de su temple soportar eso día tras día, año tras año, salvo alterando su propio temple? Pero solo creería en la alteración cuando la hubiera oído mentir a ella. Estaba fascinado por su problema y, sin embargo, medio exasperado, y se hacía todo tipo de preguntas. ¿No mentía ella, después de todo, cuando dejaba pasar las falsedades de él sin protestar? ¿No era su vida una perpetua complicidad, y no lo ayudaba e instigaba por el simple hecho de que no estaba disgustada con él? Por otra parte, quizá sí estuviera disgustada y fuera la mera desesperación de su orgullo lo que le había proporcionado una máscara inescrutable. Quizá protestara en privado, apasionadamente; quizá todas las noches, en sus aposentos, después de la horrenda actuación del día, le montara la escena más abrasadora. Pero si tales escenas no servían de nada y él no se esforzaba más por curarse, ¿cómo podía ella mirarlo, y después de tantos años de matrimonio, además, con la complacencia perfectamente cándida que Lyon había sorprendido en ella durante la cena del primer día? Si nuestro amigo no hubiera estado enamorado de ella, podría haber adoptado el punto de vista divertido de las fechorías del coronel; pero, tal como estaban las cosas, estas se volvían trágicas en su mente, incluso mientras tenía la sensación de que también podrían haberse reído de su solicitud.

La observación de esos tres días le demostró que, si Capadose era un mentiroso abundante, no era maligno, y que su refinada facultad se ejercitaba principalmente en asuntos de escasa importancia directa. «Es el mentiroso platónico», se dijo; «es desinteresado, no opera con la esperanza de ganar ni con el deseo de injuriar. Es el arte por el arte y lo impulsa el amor a la belleza. Tiene una visión interna de lo que podría haber sido, de lo que debería ser, y ayuda a la buena causa con la simple sustitución de un matiz. ¡Pinta, por así decirlo, igual que yo!». Sus manifestaciones tenían una variedad considerable, pero un aire de familia las recorría, que consistía principalmente en su singular futilidad. Era esto lo que las hacía ofensivas; abarrotaban el campo de la conversación, ocupaban un espacio valioso, lo convertían en una especie de brillante niebla teñida de sol. Para una bola contada bajo presión, normalmente se puede encontrar un lugar conveniente, como para una persona que se presenta con una invitación de autor en el es-

treno de una obra. But la mentira superflua es el caballero sin invitación ni entrada que se acomoda en un taburete en el pasillo.

En un aspecto Lyon absolvió a su exitoso rival; le había desconcertado que, siendo tan incontenible como era, no se hubiera metido en un lío en el ejército. Pero percibió que respetaba el ejército: esa augusta institución estaba a salvo de sus depredaciones. Además, aunque había mucha fanfarronería en su conversación, curiosamente, rara vez fanfarroneaba sobre sus hazañas militares. Sentía pasión por la caza, la había practicado en países lejanos y algunas de sus mejores flores eran reminiscencias de peligros y huidas en solitario. Cuanto más solitario el escenario, más grande, por supuesto, la flor. Un nuevo conocido, con el coronel, siempre recibía el tributo de un ramillete: esa generalización la hizo Lyon muy pronto. Y este hombre extraordinario tenía inconsistencias y deslices inesperados: deslices hacia la pura veracidad. Lyon reconoció lo que Sir David le había dicho, que sus aberraciones venían en ataques o períodos, que a veces guardaba la tregua de Dios durante un mes entero. La musa soplaba sobre él a su antojo; a menudo lo dejaba en paz. Descuidaba las mejores oportunidades y luego zarpaba contra el viento. Por regla general, afirmaba lo falso en lugar de negar lo verdadero; sin embargo, esta proporción a veces se invertía sorprendentemente. Muy a menudo se unía a las risas contra sí mismo; admitía que estaba «probando» y que muchas de sus anécdotas tenían un carácter experimental. Aun así, nunca se retractaba ni retrocedía por completo: se zambulía y salía a la superficie en otro lugar. Lyon adivinó que era capaz, a intervalos, de defender su posición con violencia, but solo cuando era muy mala. Entonces podía ser peligroso fácilmente... entonces atacaría y se volvería calumnioso. Tales ocasiones pondrían a prueba la ecuanimidad de su esposa... A Lyon le habría gustado verla en esa situación. En el salón de fumar y en otros lugares, la compañía, en la medida en que estaba compuesta por sus familiares, tenía siempre a mano una protesta hilarante; pero entre los hombres que lo conocían desde hacía tiempo, su tono exuberante era una historia vieja, tan vieja que habían dejado de hablar de ella, y a Lyon no le importaba, como he dicho, sonsacar el juicio de aquellos que podrían haber compartido su propia sorpresa.

Lo más extraño de todo era que ni la sorpresa ni la familiaridad impedían que el coronel cayera bien; sus mayores exigencias a una atención escéptica pasaban por un desbordamiento de vida y alegría... casi de atractivo físico.

Le gustaba retratar su valentía y usaba un pincel muy gordo, y sin embargo era inequívocamente valiente. Era un jinete y tirador excelente, a pesar de su caudal de anécdotas que ilustraban estos logros: en resumen, era casi tan inteligente y su carrera había sido casi tan maravillosa como pretendía. Su mejor cualidad, sin embargo, seguía siendo esa sociabilidad indiscriminada que daba por sentados el interés y la credulidad, y de la que menos presumía. Lo hacía vulgar, lo hacía incluso en cierto modo ordinario; pero era tan contagiosa que su oyente estaba más o menos de su lado en contra de las probabilidades. Era una reflexión privada de Oliver Lyon que no solo mentía, sino que hacía que uno mismo se sintiera un poco mentiroso, incluso (o especialmente) si lo contradecía. Por la noche, en la cena y después, nuestro amigo observaba el rostro de la esposa para ver si alguna leve sombra o espasmo lo atravesaba alguna vez. Pero ella no mostraba nada, y lo maravilloso era que cuando él hablaba, ella casi siempre escuchaba. Ese era su orgullo: no deseaba que ni siquiera se sospechara que no daba la cara. Lyon tenía, no obstante, una visión importuna de una figura velada que acudía al día siguiente en la penumbra a ciertos lugares para reparar los estragos del coronel, como los parientes de los cleptómanos llaman puntualmente a las tiendas que han sufrido sus hurtos.

«Debo disculparme, por supuesto que no era verdad, espero que no haya ningún daño, es solo su incorregible...». ¡Oh, oír la voz de esa mujer en esa profunda humillación! Lyon no tenía ningún plan infame, ningún deseo consciente de aprovecharse de su vergüenza o su lealtad; pero sí se decía a sí mismo que le gustaría llevarla a sentir que habría habido más dignidad en una unión con cierta otra persona. Incluso soñaba con la hora en que, con el rostro encendido, ella le pediría a él que no le diera importancia. Entonces estaría casi consolado... sería magnánimo.

Lyon terminó su cuadro y se marchó, después de haber trabajado con un fervor de interés que le hizo creer en su éxito, hasta que descubrió que había complacido a todo el mundo, especialmente al señor y la señora Ashmore, momento en que empezó a mostrarse escéptico. El grupo, en cualquier caso, cambió: el coronel y la señora Capadose siguieron su camino. Sin embargo, pudo decirse a sí mismo que su separación de la dama no era tanto un final como un comienzo, y la visitó poco después de su regreso a la ciudad. Ella le había dicho las horas en que estaba en casa; parecía que él le caía bien. Si le caía bien, ¿por qué no se había casado con él o, en cualquier caso, por

qué no lamentaba no haberlo hecho? Si lo lamentaba, lo ocultaba demasiado bien. La curiosidad de Lyon sobre este punto puede parecerle fatua al lector, pero algo hay que concederle a un hombre decepcionado. No pedía mucho, después de todo; ni que lo amara hoy ni que le permitiera decirle que la amaba, sino solo que le diera alguna señal de que lo lamentaba. En lugar de esto, por el momento, ella se contentó con exhibirle a su hijita. La niña era hermosa y tenía los ojos de inocencia más bonitos que él había visto jamás: lo que no le impidió preguntarse si contaba mentiras horribles. Esta idea le divirtió mucho: la imagen de la ansiedad con la que su madre vigilaría, a medida que creciera, los síntomas de la herencia. ¡Bonita ocupación para Everina Brant! ¿Le mentía ella misma a la niña, sobre su padre... era eso necesario, cuando estrechaba a su hija contra su pecho, para cubrir las huellas de él? ¿Se controlaba él delante de la pequeña, para que ella no le oyera decir cosas que sabía que no eran como él decía? Lyon lo dudaba: su genio sería demasiado fuerte para él, y la única salvación para la niña residiría en ser demasiado estúpida para analizar. Todavía no se podía juzgar, era demasiado joven. ¡Si crecía siendo inteligente, seguro que seguiría sus pasos: una deliciosa mejora en la situación de su madre! Su carita no era esquiva, pero tampoco lo era el rostrote de su padre: así que eso no probaba nada.

Lyon recordó a sus amigos más de una vez su promesa de que Amy posaría para él, y era solo cuestión de que él tuviera tiempo. Creció en él el deseo de pintar también al coronel, una operación de la que se prometía una rica satisfacción privada. Lo «haría hablar», lo plasmaría en esa totalidad de la que había hablado con Sir David, y nadie, salvo los iniciados, lo sabría. Ellos, sin embargo, valorarían mucho el cuadro, y sería, de hecho, de una profundidad séxtuple: una obra maestra de caracterización sutil, de traición legítima. Había soñado durante años con producir algo que llevara el sello tanto del psicólogo como del pintor, y allí estaba por fin su tema. Era una lástima que no fuera mejor, pero eso no era culpa suya. Tenía la impresión de que ya nadie «hacía hablar» al coronel más que él, y lo hacía no solo por instinto, sino con un plan. Había momentos en que casi se asustaba del éxito de su plan: el pobre caballero iba terriblemente lejos. Algún día se detendría, miraría a Lyon a los ojos... adivinaría que le estaban tomando el pelo... lo que llevaría a que su esposa también lo adivinara. No es que a Lyon le importara mucho eso, sin embargo, siempre y cuando ella no supusiera (como debía) que ella era parte de su broma. Adoptó tal costumbre

de ir a verla los domingos por la tarde que se enfadaba cuando ella se iba de la ciudad. Esto ocurría a menudo, ya que la pareja hacía muchas visitas y el coronel siempre buscaba deporte, que le gustaba más cuando podía practicarlo a expensas de otros. Lyon habría supuesto que este tipo de vida era particularmente poco de su agrado, pues tenía la idea de que era en las casas de campo donde su marido se lucía más. Dejarlo marchar sin ella, no verlo exponerse... eso debería haber sido propiamente un alivio y un lujo para ella. De hecho, le dijo a Lyon que prefería quedarse en casa; pero omitió decir que era porque en casas de otros estaba en el potro de tortura: la razón que dio fue que le gustaba mucho estar con la niña. Quizá no fuera criminal tensar tanto el arco, pero era vulgar: el pobre Lyon quedó encantado cuando llegó a esa fórmula. Ciertamente, algún día también él cruzaría la línea... se convertiría en un animal nocivo. Sí, mientras tanto, era vulgar, a pesar de sus talentos, su buena figura, su impunidad. Dos veces, por excepción, hacia el final del invierno, cuando él se fue de la ciudad unos días de caza, su esposa se quedó en casa. Lyon aún no había llegado al punto de preguntarse si el deseo de no perderse dos de sus visitas tenía algo que ver con la inmovilidad de ella. Esa pregunta quizá habría sido más procedente más tarde, cuando empezó a pintar a la niña y ella siempre venía con ella. Pero no estaba en ella dar el nombre equivocado, fingir, y Lyon podía ver que tenía la pasión maternal, a pesar de la mala sangre en las venas de la pequeña.

Ella venía inveteradamente, aunque Lyon multiplicaba las sesiones: Amy nunca era confiada a la institutriz o a la doncella. Había despachado al pobre Sir David en diez días, pero el retrato de la niña de rostro sencillo amenazaba con alargarse hasta el año siguiente. Pidió sesión tras sesión, y a cualquiera que hubiera presenciado el asunto le habría parecido que estaba agotando a la niña. Sin embargo, él sabía que no era así, y la señora Capadose también lo sabía: estaban presentes juntos en los largos descansos que él le daba, cuando dejaba la pose y deambulaba por el gran estudio, divirtiéndose con sus curiosidades, jugando con las viejas telas y trajes, con permiso ilimitado para tocar. Entonces su madre y el señor Lyon se sentaban y hablaban; él dejaba a un lado los pinceles y se recostaba en su silla; siempre le ofrecía té. Lo que la señora Capadose no sabía era la forma en que durante esas semanas él descuidaba otros encargos: las mujeres no tienen facultad de imaginación con respecto al trabajo de un hombre, más allá de una vaga idea de que no importa. De hecho, Lyon lo pospuso todo e hizo esperar a varias celebridades. Había medias horas de silencio, mientras él mane-

jaba los pinceles, durante las cuales era principalmente consciente de que Everina estaba sentada allí. Ella caía fácilmente en eso si él no insistía en hablar, y no se sentía incómoda ni aburrida por ello. A veces cogía un libro (había muchos por allí); a veces, un poco alejada, en su silla, observaba su progreso (aunque sin aconsejar ni corregir en lo más mínimo), como si le importara cada pincelada que representaba a su hija. Esas pinceladas eran ocasionalmente un poco erráticas; pensaba mucho más en su corazón que en su mano. Él no estaba más incómodo que ella, pero estaba agitado: era como si en las sesiones (pues la niña también estaba hermosamente quieta) algo estuviera creciendo entre ellos o hubiera crecido ya: una confianza tácita, un secreto inexpresable. Él lo sentía así; pero, después de todo, no podía estar seguro de que ella también. Lo que él quería que ella hiciera por él era muy poco; ni siquiera era confesar que era infeliz. Se sentiría superabundantemente gratificado si ella simplemente le hiciera saber, aunque fuera con una señal silenciosa, que reconocía que con él su vida habría sido más noble. A veces adivinaba —su presunción llegaba tan lejos— que podía ver esa señal en el hecho de que ella estuviera sentada allí, satisfecha.

III

Finalmente, abordó la cuestión de pintar al coronel: era ya muy tarde en la temporada, quedaría poco tiempo antes de la dispersión general. Dijo que debían aprovecharlo al máximo; lo importante era empezar; luego, en otoño, con la reanudación de su vida londinense, podrían continuar. La señora Capadose objetó que ella realmente no podía consentir en aceptar otro regalo de tanto valor. Lyon le había regalado el retrato de ella hacía tiempo, y él había visto la poca delicadeza con que lo habían tratado. Ahora él le había ofrecido este hermoso recuerdo de la niña —hermoso sería, evidentemente, cuando estuviera terminado, si es que él lograba darse por satisfecho—; una posesión preciosa que atesorarían para siempre. Pero su generosidad debía detenerse ahí; no podían estarle tan tremendamente «en deuda». No podían encargarse el cuadro —por supuesto que él lo entendería, sin que ella lo explicara—: era un lujo fuera de su alcance, pues conocían los elevados precios que él cobraba. Además, ¿qué habían hecho ellos, qué había hecho ella sobre todo, para que él los colmara de beneficios? No, era usted terriblemente bueno; era realmente imposible que Clement posara. Lyon la escuchó sin protestar, sin interrumpir, mientras se inclinaba sobre su trabajo, y al final dijo:

—Bueno, si no quiere aceptarlo, ¿por qué no deja que pose para mí, por mi propio placer y beneficio? Que sea un favor, un servicio que le pido. Me hará mucho bien pintarlo y el cuadro quedará en mis manos.

—¿En qué sentido le hará mucho bien? —preguntó la señora Capadose.

—Pues verá, es un modelo excepcional... un tema tan interesante. Tiene un rostro tan expresivo. Me enseñará un sinfín de cosas.

—¿Expresivo de qué? —dijo la señora Capadose.

—Pues de su naturaleza.

—¿Y quiere usted pintar su naturaleza?

—Por supuesto que sí. Eso es lo que te da un gran retrato, y haré que el del coronel sea uno. Me pondrá en lo más alto. Así que, como ve, mi petición es eminentemente interesada.

—¿Cómo puede estar más alto de lo que ya está?

—¡Oh, soy insaciable! Acceda —dijo Lyon.

—Bueno, su naturaleza es muy noble —comentó la señora Capadose.

—¡Ah, confíe en mí, la sacaré a relucir! —exclamó Lyon, sintiéndose un poco avergonzado de sí mismo.

La señora Capadose dijo antes de marcharse que su marido probablemente accedería a su invitación, pero añadió:

—¡Nada me induciría a dejar que usted me escrutara a mí de esa manera!

—¡Oh, a usted! —rio Lyon—. ¡A usted podría pintarla a oscuras!

El coronel puso poco después su tiempo libre a disposición del pintor y para finales de julio le había hecho varias visitas. Lyon no se sintió decepcionado ni por la calidad de su modelo ni por el grado en que él mismo estuvo a la altura de las circunstancias; se sentía realmente seguro de que produciría una obra excelente. Estaba de humor; estaba encantado con su motivo y profundamente interesado en su problema. El único punto que le preocupaba era la idea de que cuando enviara su cuadro a la Academia no podría dar el título, para el catálogo, simplemente como «El Mentiroso». Sin embargo, poco importaba, pues ahora había determinado que este rasgo fuera perceptible incluso para la inteligencia más pobre; tan predominante como se había vuelto para su propia percepción en el hombre vivo. Como hoy no veía nada más en el coronel, se entregó al placer de no pintar nada más. Cómo lo hizo, no podría habérselo dicho, pero le parecía que el misterio de cómo hacerlo se le revelaba de nuevo cada vez que se sentaba a trabajar. Estaba en los ojos y estaba en la boca, estaba en cada línea del rostro

y en cada hecho de la actitud, en la hendidura del mentón, en la forma en que nacía el cabello, se torcía el bigote, la sonrisa iba y venía, la respiración subía y bajaba. Estaba en la forma en que miraba a un mundo embaucado, en resumen; la forma en que miraría al mundo para siempre. Había media docena de retratos en Europa que Lyon consideraba supremos; los consideraba inmortales, pues estaban tan perfectamente conservados como consumadamente pintados. Era a este pequeño grupo ejemplar al que aspiraba a añadir el lienzo en el que ahora estaba ocupado. Una de las producciones que ayudaban a componerlo era el magnífico Moroni de la National Gallery: el joven sastre, con la chaqueta blanca, en su tabla con las tijeras. El coronel no era sastre, ni el modelo de Moroni, a diferencia de muchos sastres, era un mentiroso; pero en lo que respectaba a la claridad magistral con la que el individuo debía ser representado, su obra estaría en la misma línea que aquella. Tenía, en un grado en que rara vez la había tenido antes, la satisfacción de sentir la vida crecer y crecer bajo su pincel. El coronel, resultó, le gustaba posar y le gustaba hablar mientras posaba: lo cual era muy afortunado, ya que su charla constituía en gran medida la inspiración de Lyon. Lyon puso en práctica esa idea de «hacerlo hablar» que había estado acariciando durante tantas semanas: no podría haber estado en mejor relación con él para ese propósito. Lo animaba, lo engatusaba, lo excitaba, manifestaba una credulidad insondable, y sus únicas interrupciones eran cuando el coronel no respondía a ella. Tenía sus intermitencias, sus horas de esterilidad, y entonces Lyon sentía que el cuadro también languidecía. Cuanto más alto volaba su compañero, cuantas más piruetas ejecutaba en el azul, mejor pintaba él; no podía hacer sus vuelos lo bastante largos. Lo azuzaba cuando flaqueaba; su temor se agudizaba en momentos en que el coronel pudiera descubrir su juego. Pero nunca lo hizo, aparentemente; se deleitaba y se expandía bajo la luz fina y constante de la atención del pintor. De esta manera, el cuadro creció muy rápido; era asombroso lo breve que fue el asunto, en comparación con el de la niña. Para el cinco de agosto estaba casi terminado: esa fue la fecha de la última sesión que el coronel pudo dar por el momento, ya que al día siguiente salía de la ciudad con su esposa. Lyon estaba sobradamente contento, veía su camino tan claro: podría hacer a su conveniencia lo que quedaba, con o sin la presencia de su amigo. En cualquier caso, como no había prisa, dejaría la cosa en suspenso hasta su propio regreso a Londres, en noviembre, cuando volvería a él con ojos nuevos. Cuando el coronel le preguntó si su esposa podía ir a verlo al día

siguiente, si encontraba un minuto —pues ese era su gran deseo—, Lyon le rogó como favor especial que esperara: no estaba en absoluto satisfecho todavía. Esta era la repetición de una propuesta que la señora Capadose había hecho con ocasión de su última visita, y él entonces había pedido un aplazamiento, declarando que no estaba ni mucho menos contento. Estaba realmente encantado, y de nuevo un poco avergonzado de sí mismo.

Para el cinco de agosto el tiempo era muy caluroso, y ese día, mientras el coronel posaba erguido y parloteaba, Lyon abrió, para ventilar, una pequeña puerta auxiliar que conducía directamente de su estudio al jardín y que a veces servía de entrada y salida para modelos y visitantes de la clase más humilde, y como paso para lienzos, marcos, cajas de embalaje y otros enseres profesionales. La entrada principal era a través de la casa y de sus propios aposentos, y este acceso tenía el encantador efecto de admitirle a uno primero a una alta galería, desde la cual una pintoresca escalera retorcida le permitía a uno descender a la sala amplia, decorada y abarrotada. La vista de esta sala, bajo ellos, con todas sus ingeniosidades artísticas y los objetos de valor que Lyon había coleccionado, nunca dejaba de arrancar exclamaciones de deleite a las personas que entraban en la galería. El camino desde el jardín era más sencillo y a la vez más practicable y más privado. El dominio de Lyon, en St. John's Wood, no era vasto, pero cuando la puerta quedaba abierta en un día de verano ofrecía un atisbo de flores y árboles, se oía algo dulce y se oía a los pájaros. Esa mañana en particular, la puerta lateral había resultado conveniente para una visita inesperada, una mujer más bien joven que se detuvo en la sala antes de que el coronel la percibiera y a quien él percibió antes de que su amigo se diera cuenta. Era muy callada, y miraba de un hombre al otro.

—¡Oh, cielos, aquí hay otra! —exclamó Lyon, en cuanto sus ojos se posaron en ella. Perteneía, de hecho, a una clase un tanto importuna: la modelo en busca de empleo, y explicó que se había aventurado a entrar directamente por allí, porque muy a menudo cuando iba a visitar a los caballeros los sirvientes le jugaban malas pasadas, la echaban y no querían dar su nombre.

—Pero ¿cómo ha entrado al jardín? —preguntó Lyon.

—La verja estaba abierta, señor... la verja de servicio. El carro del carnicero estaba allí.

—El carnicero debería haberla cerrado —dijo Lyon.

—¿Entonces no me necesita, señor? —continuó la dama.

Lyon continuó con su pintura; le había lanzado una mirada aguda al principio, pero ahora sus ojos no se posaron más en ella. El coronel, sin embargo, la examinó con interés. Era una persona de la que apenas se podía decir si, siendo joven, parecía vieja, o, siendo vieja, parecía joven; en todo caso, era evidente que había dado varias vueltas a la vida y tenía un rostro sonrosado pero que, de algún modo, no lograba sugerir frescura. No obstante, era guapa e incluso parecía como si en algún momento pudiera haber posado por su cutis. Llevaba un sombrero con muchas plumas, un vestido con muchos abalorios, largos guantes negros, rodeados de pulseras de plata, y zapatos muy malos. Había algo en ella que no era exactamente de la institutriz sin puesto ni completamente de la actriz buscando un contrato, sino que olía a una profesión interrumpida o incluso a una carrera malograda. Estaba bastante sucia y ajada, y después de que llevara unos momentos en la habitación, el aire, o en todo caso el olfato, se familiarizó con un cierto efluvio alcohólico. Apenas pronunciaba las haches, y cuando Lyon finalmente le dio las gracias y dijo que no la necesitaba —no estaba haciendo nada para lo que ella pudiera ser útil—, ella respondió con un aire más bien ofendido:

—¡Bueno, usted sabe que ya me ha tenido!

—No la recuerdo —respondió Lyon.

—¡Bueno, me atrevo a decir que la gente que vio sus cuadros sí! No tengo mucho tiempo, pero he pensado en pasarme.

—Se lo agradezco mucho.

—Si alguna vez me necesita, si me manda una tarjeta postal...

—Nunca envió tarjetas postales —dijo Lyon.

—¡Oh, bueno, apreciaría una carta privada! A nombre de la señorita Geraldine, Mortimer Terrace Mews, Notting Hill...

—Muy bien; lo recordaré —dijo Lyon.

La señorita Geraldine se demoraba.

—Pensé en pasarme, por si acaso.

— Me temo que no puedo darle esperanzas, estoy muy ocupado con retratos — continuó Lyon.

— Sí, ya lo veo. Ojalá estuviera yo en el lugar del caballero.

— Me temo que en ese caso no se parecería a mí — dijo el coronel, riendo.

— ¡Oh, por supuesto que no se podría comparar... no sería tan apuesto! ¡Pero cómo odio esos retratos! — declaró la señorita Geraldine —. Nos quitaban el pan de la boca.

— Bueno, hay muchos que no saben pintarlos — sugirió Lyon, consoladoramente.

— ¡Oh, he posado para los mejores... y solo para los mejores! Hay muchos que no podrían hacer nada sin mí.

— Me alegro de que esté tan solicitada. — Lyon empezaba a aburrirse y añadió que no la entretendría; la mandaría llamar en caso de necesidad.

— Muy bien; recuerde que es en los Mews... ¡para mi desgracia! ¡Ustedes no posan tan bien como nosotras! — prosiguió la señorita Geraldine, mirando al coronel —. Si usted me necesitara, señor...

— Lo distrae usted; lo incomoda — dijo Lyon.

— ¡Incomodarlo, oh, cielos! — exclamó la visitante, con una risa que difundió una fragancia —. ¿Quizá usted sí envía tarjetas postales, eh? — continuó, dirigiéndose al coronel; y luego se retiró con paso vacilante. Salió al jardín por donde había venido.

— Qué espantoso... ¡está borracha! — dijo Lyon. Estaba pintando con ahínco, but se detuvo y levantó la mirada: la señorita Geraldine, en el umbral, había asomado la cabeza de nuevo.

— ¡Sí, lo odio... ese tipo de cosas! — exclamó con una explosión de hilaridad que confirmó la declaración de Lyon. Y entonces desapareció.

— ¿Qué tipo de cosas... qué quiere decir? — preguntó el coronel.

— Oh, que lo pinte a usted, cuando podría estar pintándola a ella.

— ¿Y la ha pintado alguna vez?

— Jamás; nunca la he visto. Está bastante equivocada.

El coronel guardó silencio un momento; luego comentó:

—Era muy bonita... hace diez años.

—Me lo imagino, pero está bastante arruinada. Para mí, la menor gota de más las estropea; no me interesaría en absoluto.

—Mi querido amigo, no es una modelo —dijo el coronel, riendo.

—Hoy, sin duda, no es digna de ese nombre; pero lo ha sido.

—¡Jamais de la vie! Todo es un pretexto.

—¿Un pretexto? —Lyon aguzó el oído; empezó a preguntarse qué vendría ahora.

—No lo quería a usted... me quería a mí.

—Noté que le prestaba cierta atención. ¿Qué quiere de usted?

—Oh, para jugarme una mala pasada. Me odia... muchas mujeres me odian. Me vigila... me sigue.

Lyon se recostó en su silla; no creía una palabra de aquello. Le encantó aún más por ello, y por el aire franco y brillante del coronel. La historia había florecido, fragante, en el acto.

—¡Mi querido coronel! —murmuró, con amistoso interés y conmiseración.

—Me molestó cuando entró... pero no me sobresaltó —continuó su modelo.

—¡Ah, cuando uno ha pasado por lo que yo he pasado! Hoy, sin embargo, confieso que estaba medio preparado. La he visto merodeando... conoce mis movimientos. Estaba cerca de mi casa esta mañana... debe de haberme seguido.

—Pero ¿quién es ella entonces... con semejante descaro?

—Sí, eso tiene —dijo el coronel—; pero como usted observa, estaba bebida. Aun así, tuvo descaro, como dicen, al entrar. ¡Oh, es de lo peor! No es una modelo y nunca lo fue; sin duda ha conocido a algunas de esas mujeres y les ha copiado la jerga. Enganchó a un amigo mío hace diez años... un joven ganso estúpido al que podrían haber dejado que desplumaran, pero por el que me vi obligado a interesarme por razones familiares. Es una larga

historia... la verdad es que la había olvidado por completo. Tiene treinta y siete años, como poco. Intervine y le obligué a deshacerse de ella... la mandé a paseo. Ella supo que era a mí a quien tenía que agradecerse. Nunca me lo ha perdonado... creo que ha perdido la cabeza. Su nombre no es Geraldine en absoluto y dudo mucho que esa sea su dirección.

—Ah, ¿cuál es su nombre? —preguntó Lyon, muy atento. Los detalles siempre empezaban a multiplicarse, a abundar, una vez que su compañero se lanzaba; fluían a batallones.

—Es Pearson... Harriet Pearson; pero solía llamarse a sí misma Grenadine... ¿no era un apelativo curioso? Grenadine... Geraldine... el salto era fácil. —Lyon quedó encantado con la prontitud de esta respuesta, y su interlocutor continuó—: No había pensado en ella en años... le había perdido la pista por completo. No sé cuál es su idea, pero en la práctica es inofensiva. Cuando entré, me pareció verla un poco más arriba en la calle. Debe de haber descubierto que vengo aquí y habrá llegado antes que yo. Me atrevo a decir —o más bien estoy seguro— que me está esperando ahí fuera ahora.

—¿No sería mejor que buscara protección? —preguntó Lyon, riendo.

—La mejor protección son cinco chelines... estoy dispuesto a llegar a tanto. A menos, claro, que tenga una botella de vitriolo. Pero solo tiran vitriolo a los hombres que las han engañado, y yo nunca la engañé; le dije la primera vez que la vi que la cosa no funcionaría. Oh, si está ahí, caminaremos un trecho juntos, lo hablaremos y, como digo, llegaré hasta los cinco chelines.

—Bueno —dijo Lyon—, yo contribuiré con otros cinco. —Sintió que era poco precio a pagar por el entretenimiento.

Sin embargo, ese entretenimiento se vio interrumpido por el momento por la marcha del coronel. Lyon esperaba una carta relatando la secuela ficticia; pero aparentemente su brillante modelo no operaba con la pluma. En cualquier caso, se fue de la ciudad sin escribir; habían concertado una cita para tres meses después. Oliver Lyon siempre pasaba las vacaciones de la misma manera; durante las primeras semanas visitaba a su hermano mayor, el feliz poseedor, en el sur de Inglaterra, de una vieja casa destartalada con jardines formales, en la que se deleitaba, y luego se iba al extranjero, generalmente a Italia o España. Este año cumplió con su costumbre después de

echar un último vistazo a su obra casi terminada y sentirse tan satisfecho con ella como nunca se sentía con la traducción de la idea por la mano, siempre, según le parecía, una componenda lastimosa. Una tarde amarilla, en el campo, mientras fumaba su pipa en una de las viejas terrazas, se vio embargado por el deseo de verla de nuevo y hacerle dos o tres cosas más: había pensado tanto en ella mientras holgazaneaba allí. El impulso fue demasiado fuerte como para desecharlo, y aunque esperaba regresar a la ciudad en el transcurso de una semana más, fue incapaz de afrontar la demora. Mirar el cuadro durante cinco minutos sería suficiente, aclararía ciertas cuestiones que zumbaban en su cerebro; así que a la mañana siguiente, para darse ese lujo, tomó el tren para Londres. No avisó con antelación; almorzaría en su club y probablemente regresaría a Sussex en el [tren] de las 5:45.

En St. John's Wood, la marea de la vida humana en ningún momento fluye muy deprisa, y en los primeros días de septiembre Lyon encontró un vacío absoluto en las calles rectas y soleadas donde los pequeños muros enlucidos de los jardines, con sus puertas herméticas, parecían ligeramente orientales. Había una clara quietud en su propia casa, en la que entró con su llave, pues tenía la teoría de que era bueno a veces pillar a los criados desprevenidos. La buena mujer que estaba principalmente al cargo y que acumulaba las funciones de cocinera y ama de llaves fue, sin embargo, rápidamente convocada por sus pasos y (él cultivaba la franqueza en el trato con su servicio) lo recibió sin la confusión de la sorpresa. Le dijo que no se preocupara si el lugar no estaba del todo en orden, que solo había subido por unas horas, que estaría ocupado en el estudio. A esto ella respondió que llegaba justo a tiempo para ver a una dama y un caballero que estaban allí en ese momento; habían llegado cinco minutos antes. Les había dicho que él estaba fuera de casa, pero ellos dijeron que no importaba; solo querían ver un cuadro y tendrían mucho cuidado con todo.

—Espero que esté bien, señor —concluyó el ama de llaves—. El caballero dice que es un modelo y me dio su nombre... un nombre bastante raro; creo que es militar. La dama es una dama muy distinguida, señor; en cualquier caso, ahí están.

—Oh, está bien —dijo Lyon, siendo clara la identidad de sus visitantes. La buena mujer no podía saberlo, pues normalmente tenía poco que do con las idas y venidas; su hombre, que hacía pasar a la gente, lo había acom-

pañado al campo. Estaba bastante sorprendido de que la señora Capadose hubiera venido a ver el retrato de su marido cuando sabía que el propio artista deseaba que se abstuviera; pero para él era una verdad familiar que ella era una mujer de gran espíritu. Además, quizá la dama no fuera la señora Capadose; el coronel podría haber traído a alguna amiga inquisitiva, una persona que quisiera un retrato de su marido. En cualquier caso, ¿qué hacían en la ciudad en ese momento? Lyon se dirigió al estudio con cierta curiosidad; se preguntó vagamente qué «tramaban» sus amigos. Apartó la cortina que colgaba en la puerta de comunicación, la puerta que daba a la galería que se había considerado conveniente construir cuando se añadió el estudio a la casa. Cuando digo que la apartó, debería corregir mi frase; puso la mano sobre ella, pero en ese momento lo detuvo un sonido muy singular. Provenía del suelo de la sala de abajo y lo sobresaltó extremadamente, pues consistía aparentemente en un lamento apasionado —una especie de grito ahogado— acompañado de un violento estallido de lágrimas. Oliver Lyon escuchó atentamente un momento, y luego salió al balcón, que estaba cubierto con una vieja y gruesa alfombra morisca. Sus pasos eran silenciosos, aunque no se había esforzado en que lo fueran, y después de ese primer instante se encontró aprovechando irresistiblemente el accidente de no haber atraído la atención de las dos personas en el estudio, que estaban unos veinte pies por debajo de él. En verdad, estaban tan profunda y extrañamente absortos que se explicaba su inconsciencia de ser observados. La escena que tuvo lugar ante los ojos de Lyon fue una de las más extraordinarias en las que se habían posado jamás. La delicadeza y la incapacidad de comprender le impidieron al principio interrumpir —pues lo que veía era una mujer que se había arrojado, en un mar de lágrimas, sobre el pecho de su acompañante— y estas influencias fueron sucedidas después de un minuto (los minutos fueron muy pocos y muy cortos) por un motivo definido que al poco tuvo la fuerza de hacerlo retroceder tras la cortina. Puedo añadir que también tuvo la fuerza de hacerle valerse, para una mayor contemplación, de una rendija formada al juntar él las dos mitades de la portière. Era perfectamente consciente de lo que hacía: era en ese momento un fisgón, un espía; pero también era consciente de que se estaba desarrollando un asunto muy extraño, en el que se había jugado con su confianza, y que si en cierta medida no le concernía, en otra medida sí le concernía muy definidamente. Su observación, sus reflexiones, se completaron en un instante.

Sus visitantes estaban en medio de la sala; la señora Capadose se aferraba a su marido, llorando, sollozando como si se le fuera a romper el corazón. Su angustia era horrible para Oliver Lyon, pero su asombro era mayor que su horror cuando oyó al coronel responderle con las palabras, vehementemente pronunciadas:

— ¡Maldito sea, maldito sea, maldito sea!

¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué sollozaba ella y a quién maldecía él? Lo que había sucedido, vio Lyon al instante siguiente, era que el coronel había terminado por rebuscar su retrato inacabado (conocía el rincón donde el artista solía colocarlo, apartado, con el rostro hacia la pared) y lo había colocado ante su esposa en un caballete vacío. Ella lo había mirado unos momentos y entonces, aparentemente, lo que vio en él había producido una explosión de consternación y resentimiento. Ella estaba demasiado ocupada sollozando, y el coronel demasiado ocupado sosteniéndola y reiterando su imprecación, como para mirar a su alrededor o levantar la vista. La escena fue tan inesperada para Lyon que no pudo tomarla, en el acto, como una prueba del triunfo de su mano, de un golpe tremendo: solo podía preguntarse qué demonios pasaba. La idea del triunfo llegó un poco después. Sin embargo, podía ver el retrato desde donde estaba; le sobresaltó su aspecto vivo; no había pensado que fuera tan magistral. La señora Capadose se apartó bruscamente de su marido; se dejó caer en la silla más cercana, hundió el rostro entre los brazos, apoyándose en una mesa. Su llanto dejó de ser audible de repente, pero se estremecía allí como si estuviera abrumada por la angustia y la vergüenza. Su marido permaneció un momento mirando fijamente el cuadro; luego fue hacia ella, se inclinó, la agarró de nuevo, la calmó.

— ¿Qué pasa, cariño, qué demonios pasa? —exigió él.

Lyon oyó su respuesta:

— ¡Es cruel... oh, es demasiado cruel!

— ¡Maldito sea, maldito sea, maldito sea! —repitió el coronel.

— ¡Está todo ahí... está todo ahí! —continuó la señora Capadose.

— ¡Caray, qué está todo ahí?

— ¡Todo lo que no debería estar... todo lo que él ha visto... es demasiado espantoso!

— ¿Todo lo que ha visto? Vamos, ¿no soy un tipo apuesto? Me ha hecho bastante guapo.

La señora Capadose se había levantado de un salto; había lanzado otra mirada a la traición pintada.

— ¿Guapo? ¡Horrible, horrible! ¡Eso no... nunca, nunca!

— ¿Qué no, por el amor de Dios? — casi gritó el coronel. Lyon podía ver su rostro congestionado y desconcertado.

— ¡Lo que ha hecho de ti... lo que tú sabes! Él lo sabe... lo ha visto. Todo el mundo lo sabrá... todo el mundo lo verá. ¡Imagina esa cosa en la Academia!

— Estás desvariando, cariño; pero si tanto lo odias, no tiene por qué ir.

— ¡Oh, lo enviará... es tan bueno! ¡Vámonos... vámonos! — gimió la señora Capadose, agarrando a su marido.

— ¿Que es tan bueno? — gritó el pobre hombre.

— ¡Vámonos, vámonos! — repitió ella únicamente; y se volvió hacia la escalera que ascendía a la galería.

— Por ahí no... no por la casa, en el estado en que estás — oyó Lyon objetar al coronel—. Por aquí... podemos pasar — añadió; y llevó a su esposa hacia la pequeña puerta que daba al jardín. Tenía el cerrojo echado, pero él corrió el cerrojo y abrió la puerta. Ella salió rápidamente, pero él se quedó allí mirando hacia la habitación.

— ¡Espérame un momento! — le gritó; y con una zancada excitada volvió a entrar en el estudio. Se acercó al cuadro de nuevo, y de nuevo se quedó mirándolo.

— ¡Maldito sea, maldito sea, maldito sea! — estalló una vez más. Para Lyon no estaba claro si esta maldición tenía por objeto al original o al pintor del retrato. El coronel se dio la vuelta y se movió rápidamente por la sala, como si buscara algo; Lyon fue incapaz por un instante de adivinar su intención. Entonces el artista se dijo, en voz baja: «¡Va a hacerle daño!». Su primer impulso fue bajar corriendo y detenerlo; pero se detuvo, con el

sonido de los sollozos de Everina Brant aún en sus oídos. El coronel encontró lo que buscaba —lo encontró entre algunas probabilidades en una mesita— y corrió de vuelta con ello hacia el caballete. En el mismo momento, Lyon percibió que el objeto que había agarrado era una pequeña daga oriental y que la había hundido en el lienzo. Parecía animado por una furia repentina, pues con extremo vigor de mano arrastró el instrumento hacia abajo (Lyon sabía que no tenía un filo muy fino) haciendo un tajo largo y abominable. Luego la arrancó y la clavó de nuevo varias veces en el rostro del retrato, exactamente como si estuviera apuñalando a una víctima humana: tuvo el efecto más extraño: el de una especie de suicidio figurado. En unos segundos más el coronel había arrojado la daga; la miró al hacerlo, como si esperara que goteara sangre, y salió apresuradamente del lugar, cerrando la puerta tras de sí.

La parte más extraña de todas fue —como sin duda parecerá— que Oliver Lyon no hizo ningún movimiento para salvar su cuadro. Pero no sentía que lo estuviera perdiendo, o no le importaba si lo perdía, mucho más sentía que estaba ganando una certeza. Su vieja amiga se avergonzaba de su marido, y él lo había conseguido, y había cosechado un gran éxito, aunque el cuadro hubiera quedado reducido a harapos. La revelación lo excitó tanto —como, de hecho, toda la escena— que cuando bajó los escalones después de que el coronel se hubiera ido, temblaba con su feliz agitación; estaba mareado y tuvo que sentarse un momento. El retrato tenía una docena de heridas dentadas: el coronel literalmente lo había acuchillado hasta la muerte. Lyon lo dejó donde estaba, ni lo tocó, apenas lo miró; solo caminó de un lado a otro de su estudio, todavía excitado, durante una hora. Al cabo de este tiempo, su buena mujer vino a recomendarle que almorzara; había un pasadizo bajo la escalera desde las dependencias de servicio.

—Ah, ¿la dama y el caballero se han ido, señor? No los oí.

—Sí; salieron por el jardín.

Pero ella se había detenido, mirando fijamente el cuadro en el caballete.

—¡Cielo santo, cómo lo ha tratado usted, señor!

Lyon imitó al coronel.

—Sí, lo he rajado... en un arranque de disgusto.

— ¡Dios mío, después de todo su trabajo! ¿Porque no quedaron contentos, señor?

— Sí; no quedaron contentos.

— ¡Vaya, deben de ser muy arrogantes! ¡Maldita si yo lo haría!

— Haga que lo trocean; servirá para encender el fuego — dijo Lyon.

Regresó al campo en el [tren] de las 3:30 y pocos días después pasó a Francia. Durante los dos meses que estuvo ausente de Inglaterra esperó algo — apenas habría podido decir qué —; una manifestación de algún tipo por parte del coronel. ¿No escribiría, no se explicaría, no daría por sentado que Lyon había descubierto la forma en que él, como dijo la cocinera, lo había «tratado» y consideraría decente apiadarse de alguna manera de su desconcierto? ¿Se declararía culpable o rechazaría la sospecha? Este último camino sería difícil y requeriría un esfuerzo considerable de su genio, en vista del testimonio seguro del ama de llaves de Lyon, que había admitido a los visitantes y establecería la conexión entre su presencia y la violencia perpetrada. ¿Ofrecería el coronel alguna disculpa o alguna enmienda, o sería cualquier palabra suya solo una expresión más de esa petulancia destructiva que nuestro amigo había visto a su esposa comunicarle tan súbita y potentemente? Tendría que declarar que no había tocado el cuadro o admitir que lo había hecho, y en ambos casos tendría que contar una buena historia. Lyon estaba impaciente por conocer la historia y, como no llegaba ninguna carta, decepcionado de que no se produjera. Su impaciencia, sin embargo, era mucho mayor con respecto a la versión de la señora Capadose, si es que iba a haber versión; pues ciertamente esa sería la verdadera prueba, mostraría hasta dónde llegaría por su marido, por un lado, o por él, Oliver Lyon, por el otro. Apenas podía esperar a ver qué línea adoptaría: si simplemente adoptaría la del coronel, fuera cual fuera. Quería sondearla sin esperar, hacerse una idea por adelantado. Le escribió, con este fin, desde Venecia, en el tono de su amistad establecida, pidiéndole noticias, narrando sus andanzas, esperando que pronto se encontraran en la ciudad y sin decir una palabra sobre el cuadro. Pasó un día tras otro, después del tiempo previsto, y no recibió respuesta; tras lo cual reflexionó que ella no podía atreverse a escribir, que todavía estaba demasiado bajo la influencia de la emoción producida por la traición de él. Su marido se había adherido a esa emoción y ella se había adherido a la acción que él había tomado en consecuencia, y

era una ruptura completa y todo había terminado. Lyon consideró esta perspectiva con bastante tristeza, al mismo tiempo que pensaba que era deplorabile que gente tan encantadora se hubiera equivocado tan garrafalmente. Finalmente se sintió animado, aunque poco más esclarecido, por la llegada de una carta, breve pero que respiraba buen humor y no insinuaba ni agravio ni mala conciencia. La parte más interesante para Lyon fue la posdata, que consistía en estas palabras: «Tengo que hacerle una confesión. Estuvimos en la ciudad un par de días, el 1 de septiembre, y aproveché la ocasión para desafiar su autoridad; estuvo muy mal por mi parte, pero no pude evitarlo. Hice que Clement me llevara a su estudio; deseaba terriblemente ver lo que había hecho con él, a pesar de sus deseos en contrario. Hicimos que sus sirvientes nos dejaran entrar y eché un buen vistazo al cuadro. ¡Es realmente maravilloso!».

«Maravilloso» era ambiguo, pero al menos con esta carta no había ruptura.

El tercer día después del regreso de Lyon a Londres era domingo, así que pudo ir a casa de la señora Capadose para almorzar. Ella le había dado en primavera una invitación general para hacerlo y él la había aprovechado varias times. Esas habían sido las ocasiones (antes de que él posara para él) en las que veía al coronel más familiarmente. Inmediatamente después de la comida, su anfitrión desaparecía (salía, según decía, a visitar a sus mujeres) y la segunda media hora era la mejor, incluso cuando había otra gente. Ahora, en los primeros días de diciembre, Lyon tuvo la suerte de encontrar a la pareja sola, sin siquiera Amy, que aparecía poco en público. Estaban en el salón, esperando que se anunciara la comida, y en cuanto él entró, el coronel exclamó:

— Mi querido amigo, ¡estoy encantado de verte! Estoy ansioso por empezar de nuevo.

— Oh, por favor, continúe, es tan hermoso — dijo la señora Capadose, mientras le daba la mano.

Lyon miró de uno a otro; no sabía qué había esperado, pero no había esperado esto.

— Ah, ¿entonces creen que he conseguido algo?

—Lo ha conseguido todo —dijo la señora Capadose, sonriendo desde sus ojos dorados y castaños.

—¿Le escribió ella sobre nuestro pequeño crimen? —preguntó su marido —. Me arrastró hasta allí, tuve que ir.

Lyon se preguntó por un momento si se refería con su pequeño crimen al asalto al lienzo; pero las siguientes palabras del coronel no confirmaron esta interpretación.

—Sabe que me gusta posar... le da tal oportunidad a mi parloteo. Y justo ahora tengo tiempo.

—Debe recordar que casi había terminado —comentó Lyon.

—Cierto. Una lástima. Me gustaría que empezara de nuevo.

—¡Mi querido amigo, tendré que empezar de nuevo! —dijo Oliver Lyon riendo, mirando a la señora Capadose. Ella no encontró su mirada; se había levantado para tocar la campanilla y pedir el almuerzo.

—El cuadro ha sido destrozado —continuó Lyon.

—¿Destrozado? Ah, ¿por qué hizo eso? —preguntó la señora Capadose, de pie ante él con toda su clara y espléndida belleza. Ahora que lo miraba, era impenetrable.

—¡Yo no fui... me lo encontré así... con una docena de agujeros!

—¡Vaya por Dios! —exclamó el coronel.

Lyon volvió sus ojos hacia él, sonriendo.

—Espero que no fuera usted.

—¿Está arruinado? —inquirió el coronel. Era tan brillantemente sincero como su esposa y miraba como si la pregunta de Lyon no pudiera ser seria —. ¿Por el placer de posar para usted? Mi querido amigo, ¡si se me hubiera ocurrido, lo habría hecho!

—¿Ni usted tampoco? —le preguntó el pintor a la señora Capadose.

Antes de que ella tuviera tiempo de responder, su marido la había agarrado del brazo, como si se le hubiera ocurrido una idea muy sugerente.

—¡Oye, querida, esa mujer... esa mujer!

—¿Esa mujer? —repitió la señora Capadose; y Lyon también se preguntó a qué mujer se refería.

—¿No recuerdas que cuando salimos, estaba en la puerta... o un poco más allá? Te hablé de ella... te conté sobre ella. Geraldine... Grenadine... la que irrumpió aquel día —le explicó a Lyon—. La vimos merodeando... le llamé la atención a Everina sobre ella.

—¿Quiere decir que ella accedió a mi cuadro?

—Ah, sí, lo recuerdo —dijo la señora Capadose, con un suspiro.

—Irrumpió de nuevo... había aprendido el camino... estaba esperando su oportunidad —continuó el coronel—. ¡Ah, la pequeña bruta!

Lyon bajó la mirada; sintió que se sonrojaba. Esto era lo que había estado esperando: el día en que el coronel sacrificaría gratuitamente a una persona inocente. ¿Y podía su esposa ser cómplice de esa atrocidad final? Lyon se había recordado repetidamente durante las semanas anteriores que cuando el coronel perpetró su fechoría, ella ya había abandonado la habitación; pero había deducido, no obstante —era una certeza virtual— que él, al reunirse con ella, le había dejado claro inmediatamente su logro. Estaba en el ardor de la hazaña; e incluso si no hubiera mencionado lo que había hecho, ella lo habría adivinado. No creyó ni por un instante que la pobre señorita Geraldine hubiera estado merodeando cerca de su puerta, ni la versión que el coronel había dado el verano anterior de sus relaciones con esta dama lo habían engañado en lo más mínimo. Lyon nunca la había visto antes del día en que se plantó en su estudio; pero la conocía y la clasificaba como si la hubiera creado. Estaba familiarizado con la modelo femenina de Londres en todas sus variedades: en cada fase de su desarrollo y en cada paso de su decadencia. Cuando entró en su casa aquella mañana de septiembre, justo después de la llegada de sus dos amigos, no había habido síntoma alguno, calle arriba o abajo, de la reaparición de la señorita Geraldine. Ese hecho se había grabado en su mente al recordar el vacío del panorama cuando su cocinera le dijo que una dama y un caballero estaban en su estudio: se había preguntado por qué no había un carruaje o un coche de alquiler en su puerta. Luego había reflexionado que habrían venido en el ferrocarril subterráneo; estaba cerca de la estación de Marlborough Road y sabía que el coronel, al venir a sus sesiones, más de una vez se había valido de esa comodidad.

—¿Cómo demonios entró? —dirigió la pregunta a sus acompañantes con indiferencia.

—Bajemos a almorzar —dijo la señora Capadose, saliendo de la habitación.

—Salimos por el jardín... sin molestar a su sirvienta... Quería enseñárselo a mi esposa. —Lyon siguió a su anfitriona con su marido y el coronel lo detuvo al principio de la escalera.

—Mi querido amigo, ¿no habré cometido la estupidez de no cerrar la puerta con cerrojo?

—Estoy seguro de que no lo sé, coronel —dijo Lyon mientras bajaban—. Fue una mano muy decidida... una auténtica fiera.

—Bueno, es una fiera... ¡maldita sea! ¡Por eso quería alejarlo de ella!

—Pero no entiendo su motivo.

—Ha perdido la cabeza... y me odia; ese fue su motivo.

—¡Pero no me odia a mí, mi querido amigo! —dijo Lyon, riendo.

—Odiaba el cuadro... ¿no recuerda que lo dijo? Cuantos más retratos hay, menos empleo para gente como ella.

—Sí; pero si no es realmente la modelo que finge ser, ¿cómo puede afectarle eso? —preguntó Lyon.

La pregunta desconcertó al coronel por un instante, pero solo por un instante.

—¡Ah, estaba en una confusión viciosa! Como digo, ha perdido la cabeza.

Entraron en el comedor, donde la señora Capadose estaba ocupando su lugar.

—¡Es una lástima, es demasiado horrible! —dijo ella—. Ya ve que el destino está en su contra. La Providencia no le permite ser tan desinteresado... pintar obras maestras a cambio de nada.

—¿Vio usted a la mujer? —exigió Lyon, con algo parecido a una severidad que no pudo mitigar.

La señora Capadose pareció no percibirlo o no hacerle caso si lo hizo.

—Había una persona, no lejos de su puerta, sobre la que Clement me llamó la atención. Me dijo algo sobre ella, pero íbamos en la otra dirección.

—¿Y cree usted que lo hizo?

—¿Cómo puedo saberlo? Si lo hizo, estaba loca, pobrecilla.

—Me gustaría mucho encontrarla —dijo Lyon. Esta era una declaración falsa, pues no tenía ningún deseo de mantener más conversaciones con la señorita Geraldine. Había expuesto a sus amigos ante sí mismo, pero no tenía ningún deseo de exponerlos ante nadie más, y menos aún ante ellos mismos.

—¡Oh, no lo dude, nunca volverá a aparecer! ¡Está a salvo! —exclamó el coronel.

—Pero recuerdo su dirección: Mortimer Terrace Mews, Notting Hill.

—Oh, eso es pura patraña; no existe tal lugar.

—¡Dios, qué farsante! —dijo Lyon.

—¿Hay alguien más de quien sospeche? —prosiguió el coronel.

—Ni de una criatura.

—¿Y qué dice su servicio?

—Dicen que no fueron ellos, y yo respondo que nunca dije que lo fueran. Ese es, más o menos, el resumen de nuestras conferencias.

—¿Y cuándo descubrieron el estropicio?

—No lo descubrieron en absoluto. Yo lo noté primero, cuando regresé.

—Bueno, ella podría haber entrado fácilmente —dijo el coronel—. ¿No recuerda cómo apareció ese día, como el payaso en la pista?

—Sí, sí; podría haber hecho el trabajo en tres segundos, excepto que el cuadro no estaba a la vista.

—¡Mi querido amigo, no me maldiga!... pero por supuesto que lo saqué yo.

—¿No lo volvió a guardar? —preguntó Lyon trágicamente.

— ¡Ah, Clement, Clement! ¿No te dije que lo hicieras? — exclamó la señora Capadose en un tono de exquisito reproche.

El coronel gimió, teatralmente; se cubrió el rostro con las manos. Las palabras de su esposa fueron para Lyon el toque final; hicieron que toda su visión se desmoronara: su teoría de que ella se había mantenido secretamente íntegra. ¡Incluso con su antiguo amante no lo sería! Estaba asqueado; no podía comer; sabía que tenía un aspecto muy extraño. Murmuró algo sobre que era inútil llorar sobre la leche derramada... intentó desviar la conversación hacia otros temas. Pero fue un esfuerzo horrible y se preguntó si ellos lo sentían tanto como él. Se preguntó todo tipo de cosas: si adivinaban que no les creía (que los había visto, por supuesto, nunca lo adivinarían); si habían urdido su historia de antemano o era solo una inspiración del momento; si ella se había resistido, había protestado, cuando el coronel se lo propuso, y luego había sido doblegada por él; si, en resumen, no se aborrecía a sí misma mientras estaba sentada allí. La crueldad, la cobardía de achacar su acto impío a la desdichada mujer le pareció monstruosa; no menos monstruosa, de hecho, que la frivolidad que podía hacerles correr el riesgo de que ella, en su justa indignación, los desmintiera. Por supuesto, ese riesgo solo podía exculparla a ella y no inculparlos a ellos; las probabilidades los protegían tan perfectamente; y con lo que el coronel contaba (con lo que habría contado el día que se despachó a gusto, después de verla por primera vez, en el estudio, si es que había pensado en el asunto entonces y no había hablado por la pura espontaneidad de su genio) era simplemente que la señorita Geraldine realmente se había desvanecido para siempre en su desconocida tierra natal. Lyon deseaba tanto abandonar el tema que cuando, poco después, la señora Capadose le dijo: «Pero ¿no se puede hacer nada? ¿No se puede reparar el cuadro? Sabe que hacen maravillas de esa manera ahora», él solo replicó:

— No lo sé, no me importa, se acabó, ¡n'en parlons plus!

La hipocresía de ella le repugnaba. Y, sin embargo, como para arrancarle el último velo de su vergüenza, estalló de nuevo ante ella, poco después:

— ¿Y de verdad le gustó?

A lo que ella respondió, mirándolo directamente a la cara, sin sonrojarse, sin palidecer, sin evasivas:

— ¡Oh, me encantó!

Verdaderamente, su marido la había entrenado bien. Después de eso, Lyon no dijo más y sus compañeros se abstuvieron temporalmente de insistir, como personas de tacto y simpatía conscientes de que el odioso accidente lo había dejado dolido.

Cuando se levantaron de la mesa, el coronel se fue sin subir al salón; pero Lyon regresó al salón con su anfitriona, comentándole, sin embargo, por el camino que solo podía quedarse un momento. Pasó ese momento — se prolongó un poco — de pie con ella ante la chimenea. Ella ni se sentó ni le pidió que lo hiciera; su actitud denotaba que tenía intención de salir. Sí, su marido la había entrenado bien; sin embargo, Lyon soñó por un momento que ahora que estaba a solas con ella, quizá se derrumbaría, se retractaría, se disculparía, confiaría, le diría: «Mi querido viejo amigo, perdona esta horrible comedia... ¡tú lo entiendes!». ¡Y entonces cómo la habría amado y compadecido, protegido, ayudado siempre! Si no estaba dispuesta a hacer algo de ese tipo, ¿por qué lo había tratado como si fuera un querido viejo amigo; por qué le había dejado durante meses suponer ciertas cosas... o casi; por qué había ido a su estudio día tras día a sentarse cerca de él con el pretexto del retrato de su hija, como si le gustara pensar en lo que podría haber sido? ¿Por qué se había acercado tanto a una confesión tácita, en una palabra, si no estaba dispuesta a ir ni un centímetro más allá? Y no estaba dispuesta... no lo estaba; pudo verlo mientras se demoraba allí. Se movió un poco por la habitación, cambiando de sitio dos o tres objetos sobre las mesas, pero no hizo nada más. De repente, él le dijo:

— ¿En qué dirección iba ella, cuando salieron?

— ¿Ella... la mujer que vimos?

— Sí, la extraña amiga de su marido. Es una pista que vale la pena seguir.

— No tenía ningún deseo de asustarla; solo quería comunicar el impulso que la haría decir: «¡Ah, ahórremelo... y ahórreselo a él! No existió tal persona».

En lugar de esto, la señora Capadose replicó:

— Se alejaba de nosotros... cruzó la calle. Nosotros íbamos hacia la estación.

— ¿Y pareció reconocer al coronel... miró hacia atrás?

— Sí; miró hacia atrás, pero no me fijé mucho. Pasó un hansom y nos subimos. No fue hasta entonces que Clement me dijo quién era: recuerdo que dijo que no estaba allí para nada bueno. Supongo que deberíamos haber regresado.

— Sí; habrían salvado el cuadro.

Por un momento ella no dijo nada; luego sonrió.

— Lo siento mucho por usted. ¡Pero debe recordar que yo poseo el original!

Ante esto, Lyon se dio la vuelta.

— Bueno, debo irme —dijo; y la dejó sin ninguna otra despedida y salió de la casa.

Mientras subía lentamente por la calle, le volvió la sensación de aquella primera impresión que había tenido de ella en Stayes: la forma en que la había visto mirar a su marido al otro lado de la mesa. Lyon se detuvo en la esquina, mirando vagamente en ambas direcciones. Nunca volvería... no podía. Seguía enamorada del coronel... la había entrenado demasiado bien.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

Table of Contents

1. [I](#)
2. [II](#)
3. [III](#)